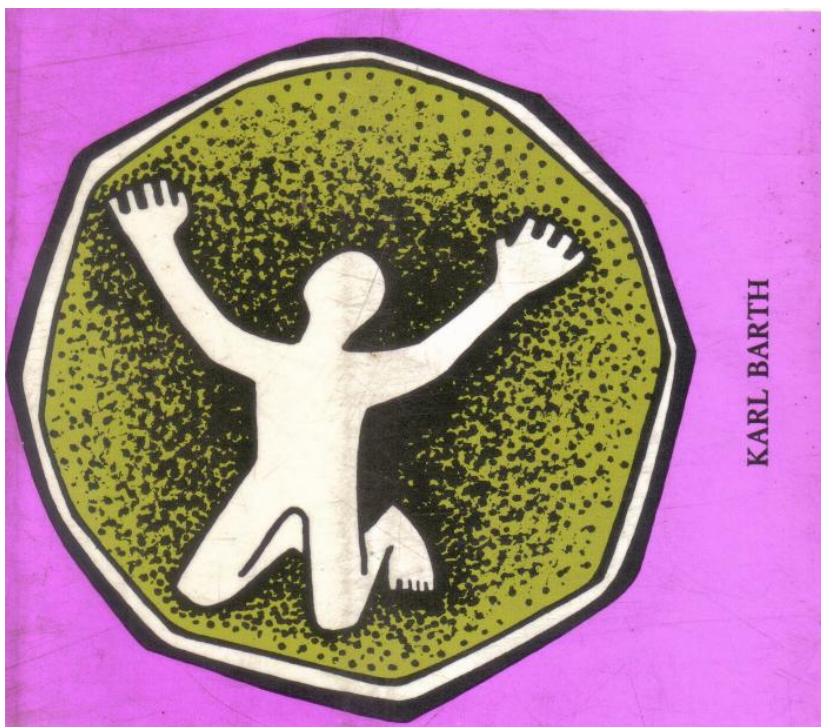


LA: ORACIÓN



KARL BARTH

COLECCIÓN "DIALOGO

LA ORACIÓN
según los catecismos de la Reforma

K. BARTH

LA ORACIÓN

según los catecismos de la Reforma

EDICIONES SIGÚEME Apartado 332

SALAMANCA

1969

Tradujo FRANCISCO BÁEZ sobre la segunda edición del original francés *La prière*, publicado por Delachaux et Niestlé S. A. de Neuchâtel. Salamanca, 8 de abril de 1969

Portada de José M." de la Torre

© *Delachaux et Niestlé, 1953* © *Ediciones Sigúeme, 1969*

Es propiedad
Depósito Legal: S. 181-1969

Printed in Spain
Núm. Edición: ES. 462

Industrias Gráficas Visedo. Hortaleza, 1. Teléf. *21 7001 - Salamanca, 1969

CONTENIDO

Advertencia	9
Nota preliminar	11
1. La oración	17
El problema de la oración	18
La oración, don de Dios	21
La oración, acción del hombre	27
2. Explicación de la oración dominical según los reformadores	31
La invocación	32
Las peticiones de la oración dominical	36
Las tres primeras peticiones.	40
Las tres últimas peticiones	53

ADVERTENCIA

El texto de este estudio ha sido construido sobre las notas taquigráficas tomadas en el curso de tres seminarios dirigidos por el profesor Karl Barth, en Neuchâtel, en enero de 1947 y 1948 y en setiembre de 1949.

Siempre es delicado expresar el pensamiento de otro. Y cuando se trata del profesor de Bale, la empresa invita a más prudencia todavía.

Nos hemos esforzado por seguirle fielmente en los matizados recorridos de su exposición y, por esta razón, no hemos creído deber renunciar a ciertas repeticiones de la frase que la enriquecen. Hemos procurado también conservar las imágenes, la frescura natural del lenguaje y la espontaneidad en el desarrollo de la idea. Por eso hemos retenido a menudo la expresión familiar sin preocuparnos tanto de introducir términos de escuela.

Agradecemos al pastor André Perret el trabajo preliminar realizado al transcribir el texto de sus notas taquigráficas, y a Andrée du Pasquier las notas tan útiles que ha tenido a bien comunicarnos.

A. R.

NOTA PRELIMINAR

Antes de abordar el tema mismo de la oración según los catecismos de la Reforma, creemos útil presentar algunas observaciones que nos han sugerido estos textos.

1. Los reformadores de la Iglesia han orado

La Reforma se nos presenta como un gran conjunto: un trabajo de estudio, de pensamiento, de predicaciones, de discusiones, de combates, de organización. Pero fue algo más que todo esto. Por lo que sabemos, fue también un acto continuado de oración, una invocación, y añadamos además, una acción de hombres, de ciertos hombres, al mismo tiempo que un acto de acogida por parte de Dios.

Encontramos en el gran catecismo de Lutero un pasaje notable del que citamos algunas frases:

Sepamos que nuestra defensa está sólo en la oración. Somos demasiado débiles frente al diablo y sus vasallos. Mantengamos firmes las armas del cristiano; ellas nos capacitan para combatir al diablo. ¿Quién ha conseguido esas grandes victorias sobre las empresas de nuestros enemigos que el diablo ha utilizado para esclavizarnos, sino las oraciones de algunas personas que se han elevado como una muralla de bronce para protegernos? Nuestros enemigos pueden burlarse de nosotros. Nosotros podemos afrontarlos, a ellos y al diablo, si nos mantenemos en la oración y si perseveramos en ella. Porque sabemos que cuando un cristiano ora de esta manera: "Padre nuestro, que se haga tu voluntad", Dios le responde: "Hijo mío, sí, se hará a pesar del diablo y del mundo entero".

Existen misterios en los acontecimientos del siglo xvi. Pero tocamos ahora un punto particularmente importante. Quizá las faltas y las debilidades que vemos en otros momentos de la historia son imputables al hecho de que no se sabía lo que querían decir palabras como las que acabamos de oír de la boca de Lutero.

2. Los reformadores eran unánimes en lo que concierne a la importancia y la significación de la oración

Cuando se leen y comparan los textos de diversos catecismos, se distingue con bastante nitidez las preocupaciones dominantes propias de Calvino, Lutero y otros autores del Catecismo de Heidelberg.

Pero sería difícil, incluso imposible, descubrir contradicciones

en lo tocante a la fe. Uno de ellos, por ejemplo, insiste en el hecho de que la oración es una obediencia a un mandato de Dios: es preciso orar porque Dios lo quiere. Parecería que esta frase es de Calvino. Pero es Lutero quien tiene esta rígida idea, casi militar: Dios manda, es preciso obedecer. Otro insiste en el hecho de que la oración se fundamenta sobre la intercesión de Jesucristo cerca de su Padre celestial. Parecería que es Lutero y sin embargo es Calvino quien así habla.

Calvino insiste en la necesidad de dirigirse sólo a Dios, y no a los santos o a los ángeles. Nos volvemos a encontrar al reformador de Ginebra cuando habla del papel del Espíritu Santo en la oración. Es interesante señalar por otra parte que la oración considerada como un acto de reconocimiento es mencionada en el Catecismo de Heidelberg.

Notemos también que el ejemplo y la realidad de la oración son idénticas en todos estos textos. Así debería comprenderse en las discusiones entre luteranos y calvinistas que continúan todavía hoy en Alemania, puesto que los reformadores eran unánimes en lo que concierne a la oración, estaban de acuerdo en el fondo. Y si se puede orar en común, se debería poder comulgar en común. Porque las diferencias de doctrinas no pueden ser más que diferencias secundarias.

3. *Lo que se encuentra en estos textos*

Merece la pena subrayar el hecho: estos textos no mencionan ninguna diferencia entre la oración individual y la oración en común, en asamblea. Para los autores de los diferentes catecismos, el hecho es muy simple: se fijan en la Iglesia, en *nosotros*, es decir los miembros de la comunidad que forman un conjunto. Pero distinguen también a las personas que constituyen este conjunto. No

puede uno preguntarse si son los cristianos, o si es la Iglesia la que ora. No existe alternativa, porque son los cristianos, es decir la Iglesia; la Iglesia son los cristianos. No puede haber oposición entre ambos.

Tal vez la señal de que existe una enfermedad en la Iglesia sea el hecho de que puedan plantearse problemas como estos: ¿cómo puedo orar en mi cuarto por mis necesidades espirituales? Y la Iglesia, por su parte, ¿cómo debe orar? Comienza entonces a manifestarse un interés particular por la oración en la Iglesia, por la "cuestión litúrgica". ¿No es esto indicio de enfermedad?

Para los reformadores, no existe "cuestión litúrgica": se ora en la Iglesia y en casa. No se preocupan de hacer una distinción entre la oración privada y la oración en comunidad. Lo que les interesa, es la necesidad de orar y de orar bien. Quizás habría que tener presente una advertencia. El signo de cierta debilidad espiritual consiste en poner el acento en cosas secundarias.

4. *Otra cuestión dejada de lado en estos textos: ¿es preciso orar de corazón o según un formulario?*

Ni Lutero ni Calvino cayeron en la cuenta de este problema que preocupa a tantos contemporáneos. Ellos insistieron en que es preciso, que es bueno y necesario que sea el corazón del hombre el que ore. Insistieron en la sinceridad de la oración por oposición a un movimiento mecánico de labios. Sabían lo que era la oración libre; pero sabían también que la verdadera oración no puede ser cuestión de fantasía: la oración debe ser disciplinada.

Jesucristo no nos ha dicho solamente que oremos; en el Padrenuestro nos ha enseñado también cómo es preciso orar.

Haríamos bien teniendo en cuenta esta regla. Como dice Calvino, en la oración debe haber afecto, pero este afecto no puede ser para nuestro espíritu pretexto para vagabundear. Las oraciones de corazón que Calvino hacía al final de sus sermones son admirables por su majestuosa uniformidad. No se permitía efusiones desordenadas. Siempre vuelve sobre los mismos elementos: adoración de la majestad de Dios y del Espíritu Santo; pero no son copias.

Los reformadores no tuvieron una oración fácil y no sé si habrían hablado voluntariamente de un don de la oración. Dicen: orad, y orad bien; esto es lo que importa. Contentaos con tener en el Padrenuestro un modelo de oración, pero que vuestra oración se haga en la libertad del corazón.

5. Los reformadores no hablan de una diferencia entre oración explícita (que se exterioriza, se hace a una hora determinada, pronunciando ciertas palabras) y oración implícita (que no se expresa en palabras, sino en sentimientos, en una actitud continua del corazón, de la conciencia, del pensamiento)

El "orad sin cesar" de 1 Tes 5, 17 no es citado en ningún catecismo de esta época. Parece más bien que lo que preocupa a estos autores es la oración explícita. Sin embargo, Calvino dice que la palabra no siempre es necesaria. De manera general se puede decir: las explicaciones que dan los reformadores, lo que dicen en sus obras, sus predicaciones y sus hechos nos muestran que para ellos, la oración es a la vez palabra, pensamiento y vida.

1 LA ORACIÓN

ESTUDIAREMOS la oración bajo tres aspectos: en primer lugar, el problema de la oración; después la oración mirada como don de Dios; finalmente, la oración considerada como acción del hombre.

El problema de la oración

¿Qué lugar ocupa la oración en estos catecismos? Si se ojean, se nota que Lutero ha tratado en primer lugar los mandamientos, después el credo, es decir la exposición de la fe. Calvino comenzó por el credo; después vienen los mandamientos. Habla primero de la fe, luego de la obediencia.

Henos aquí, pues, a nosotros los cristianos, que nos consideramos creyentes y obedientes, y como tales, colocados frente a un problema nuevo: el de la oración. ¿Es realmente un problema nuevo? ¿Más allá de la fe y de la obediencia? Así parece. Calvino dice que en la oración se trata de nuestra vida y de nuestra relación con las exigencias de este mundo. La cuestión es la siguiente: yo que soy cristiano, ¿puedo vivir verdaderamente según la palabra del evangelio y de la ley, según mi fe y en la obediencia; podría vivir así en medio de las necesidades de mi existencia? Sí, es posible vivir en la santidad de la obediencia, según el evangelio, lo que nos es dado vivir, lo que debemos vivir. Para esto, tenemos que escuchar lo que se nos ha dicho de la oración y pedir al mismo Dios que venga en nuestra ayuda, que nos instruya, que nos con-

ceda la posibilidad de recorrer este camino. Es preciso realizar esta búsqueda para que podamos vivir. Esta búsqueda es la oración.

En el catecismo de Lutero, esta situación del hombre en relación con la fe y la obediencia es examinada más de cerca. ¿Que decir, qué hacer frente al hecho de que nadie obedece perfectamente a la ley, cuando la ley exige una obediencia perfecta, y de que ninguno la cumple perfectamente, ni de ninguna manera? Sin embargo, somos creyentes, es decir gentes que tienen su comienzo en la fe. La fe, en efecto, no es algo que se tiene en el bolsillo, que se posee como algo propio. Dios me dice: pon tu confianza en mí, cree en mí. Y yo me lanzo, creo; pero al avanzar, digo: ayuda a mi incredulidad. La vida está ahí ante nosotros con sus dificultades, sus exigencias; y la ley está ahí también, la ley que reclama la obediencia a pesar de nuestras debilidades y los obstáculos que se levantan ante nosotros. Y avanzo con una fe que no es más que un pobre comienzo. Se me exige entonces seguir adelante, llegar a ser perfectamente obediente, continuar el camino de la fe, después de este primer paso que he dado ya.

De un lado, existe nuestra vida interior, de hombres débiles y malignos; de otro, nuestra vida exterior en este mundo, con todos sus enigmas y sus dificultades. Existe también el juicio de Dios que nos busca y que nos dice a cada momento: esto no es suficiente. Y quizás llego a preguntarme: en el fondo, ¿eres cristiano? Ante tu pequeña fe y tu pequeña obediencia, ¿qué significan para ti estas palabras: creo, obedezco? El abismo es enorme: todo nos plantea problemas, incluso cuando creemos y obedecemos lo más posible. Orar en esta situación (y esta es la de todo cristiano) significa: ir a Dios, pedirle que nos conceda lo que nos falta, la posibilidad, la fuerza, el coraje, la serenidad, la prudencia; que nos conceda obedecer a la ley, cumplir los mandamientos. Y después que nos conceda continuar creyendo, creyendo

a pesar de todo, y que renueve nuestra fe.

Tal petición no puede ser dirigida más que a Dios. Calvino lo dice: se trata aquí de un honor que debemos a su divinidad. Un honor que debemos a aquél que se nos ha revelado por su palabra (Catecismo de Heidelberg). Porque es la palabra de Dios quien nos mantiene en esta situación en la que la oración llega a ser una necesidad.

Orar significa dirigirse a aquél que nos ha hablado ya en el evangelio y en la ley. Frente a él nos encontramos cuando somos atormentados por la imperfección de nuestra obediencia, por la discontinuidad de nuestra fe. Por su causa nos encontramos en peligro. Sólo él es capaz de ayudarnos. Oramos para pedirle que lo haga.

Calvino revela que no estamos solos en esta situación difícil. Hay hermanos y hermanas cristianos. Pueden orientarnos y animarnos. Pero lo que los hombres pueden aportar a la miseria de nuestra situación no es más que un ministerio, una dispensación de los bienes de Dios. Dios mismo les hace este honor de utilizarlos para comunicarnos sus bienes, y por eso hace que nos sintamos obligados para con ellos. La oración no puede, pues, en ningún caso alejarnos de los hombres; no puede sino unirnos ya que la oración es una realidad que nos concierne a todos.

Antes de orar, por tanto, busco en primer lugar la compañía de otros hombres. Sé que todos vosotros atravesáis las mismas dificultades que yo. Consúltemenos y démonos lo que podamos darnos. Sin embargo, no podemos poner nuestra confianza en la criatura. Es posible que haya hombres capaces de decirnos e indicarnos qué es lo que nos hace falta, pero el don mismo sólo puede venir de Dios. No podemos orar a los hombres. Ni a los santos, ni a los demás hombres.

En el siglo xvi, se afirmaba con firmeza que los santos de la Iglesia, los difuntos, no podían ayudarnos. Sin embargo, quizás se podría hacer algunas reservas a una afirmación tan categórica. No estoy tan seguro de que los santos de la Iglesia no puedan ayudarnos: los reformadores, por ejemplo, y los santos que están sobre la tierra. Vivimos en comunión con la Iglesia del pasado y recibimos de ella una ayuda. Pero hay un hecho cierto: ni los vivos, ni aquellos que ya han muerto pueden ser para nosotros lo que es Dios: una ayuda en este gran peligro que es nuestra existencia de cara al evangelio y a la ley. Lo mismo se puede decir respecto a los ángeles que pueden ayudarnos pero no pueden ser invocados.

Para los reformadores, todo se reducía a esta cuestión: ¿cómo podría encontrar a Dios? He oído su palabra, quiero escucharle sinceramente, pero veo mi insuficiencia. No ignoraban que existen otras dificultades además de aquella, pero sabían que todas están implicadas en la realidad siguiente: estoy ante Dios con mis deseos, mis pensamientos, mis miserias; debo vivir con él, porque vivir no quiere decir otra cosa que vivir con Dios. Heme aquí aprisionado entre las exigencias de la vida —pequeñas o grandes— y la necesidad de orar. Los reformadores nos dicen: lo primero, orar.

La oración, don de Dios

La oración es una gracia, un ofrecimiento de Dios.

No comenzaremos, siguiendo a los reformadores, por una descripción de lo que el hombre hace cuando ora. Evidentemente el hombre hace algo, actúa; pero para comprender esta acción, es preciso comenzar por el final, es decir hablar en primer lugar de la favorable acogida de la oración. Este orden nos extrañará, porque según la lógica deberíamos preguntarnos en primer lugar: ¿qué es orar? Y sólo después: ¿somos acogidos cuando oramos? Pero para los reformadores, el punto vital, la base de todo, es esta certeza: Dios acoge favorablemente la oración. He aquí la primera cosa que es

preciso saber. Calvino lo dice expresamente: obtenemos lo que pedimos. Nuestra oración está apoyada en este convencimiento.

* * *

Abordamos el tema partiendo del hecho de que Dios acoge. No está mudo, escucha; más aún, actúa. No actúa de la misma manera tanto si oramos como si no oramos. Existe una influencia de la oración sobre la acción, sobre la existencia de Dios. Esto es lo que significa la palabra "acogida".

En la cuestión 129 del Catecismo de Heidelberg, se dice que la acogida de nuestras oraciones es más cierta que el sentimiento que tenemos de las cosas que pedimos. Parece que nada hay más seguro que el sentimiento de lo que pedimos; pero el Catecismo dice que la acogida por parte de Dios es aún mucho más cierta. Es preciso que también nosotros tengamos este convencimiento interior. Quizás dudemos de la sinceridad de nuestra oración y del valor de nuestra petición. Pero una cosa está fuera de duda, la acogida que Dios le otorga. Nuestras oraciones son débiles y pobres. Sin embargo lo que importa no es que nuestras oraciones sean fuertes, sino que Dios las oiga. Aquí está la razón de por qué nosotros oramos.

¿Cómo nos escucha Dios? ¿Cómo acoge nuestra oración? Es preciso recordar aquí el artículo del Catecismo de Calvino sobre Jesucristo. Siguiendo este pensamiento es como mejor se puede comprender la acogida favorable por parte de Dios: Jesucristo es nuestro hermano, le pertenecemos, es el jefe del cuerpo del que somos miembros y es, al mismo tiempo, hijo de Dios, Dios mismo. Nos ha sido dado como mediador, como abogado delante de Dios. No estamos separados de Dios y, lo que es más importante, Dios no está separado de nosotros. Se puede pensar que seamos hombres sin-Dios, pero no podemos concebir a Dios sin los hombres. Esto es lo

que es preciso saber, y esto es lo que importa. Frente a los sin-Dios, existe Dios que nunca está sin los hombres, porque en el hombre Dios, los hombres, todos nosotros, estamos presentes. Si Dios conoce al hombre, si le ve y le juzga, es siempre en la persona de Jesucristo, su propio hijo, que ha sido obediente y que es el objeto de su complacencia. Por él la humanidad está presente en Dios. Dios mira a Cristo y en él nos ve a nosotros. Tenemos un representante ante Dios.

Calvino dice incluso que oramos por su boca. Jesucristo habla por lo que ha sido, por lo que ha sufrido en la obediencia y la fidelidad a su Padre. Y nosotros oramos como por su boca, en cuanto que nos concede entrada y audiencia e intercede por nosotros. Por tanto, en el fondo, nuestra oración está ya hecha incluso antes de que la formulemos. Cuando oramos, no podemos sino volver a tomar esta oración que ha sido pronunciada en la persona de Jesucristo y que se repite siempre, porque Dios no existe sin el hombre.

Dios es el Padre de Jesucristo, y este hombre, Jesucristo, oró y sigue orando. Tal es el fundamento de nuestra oración en Jesucristo. Es decir Dios mismo respalda nuestra petición, ha querido ser él quien acoja nuestras oraciones, porque todas nuestras oraciones han sido recapituladas en Jesucristo. Dios no puede dejar de acogerlas, porque es Jesucristo quien ora.

El hecho de que Dios ceda a las demandas del hombre, que cambie su intención y siga la oración del hombre no significa una debilidad. Es él quien en su majestad, en el esplendor de su poder, lo ha querido y lo quiere así. Quiere ser Dios, que ha sido hombre en Jesucristo. En él está su gloria, su omnipotencia. No disminuye, pues, cediendo a nuestra oración; por el contrario, de esta forma es como muestra su grandeza.

Si Dios mismo quiere estar en relación con el hombre, estar cerca de él como un padre de su hijo, no hay en ello un debilitamiento de su poder. Dios no quiere ser más grande de lo que lo es en Jesucristo. Si Dios acoge nuestra oración, no es sólo porque nos escucha y aumente nuestra fe (a veces se ha explicado de esta manera la eficacia de la oración), sino porque es Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios cuya palabra se ha hecho carne.

Vengamos ahora a Lutero que nos invita a orar, que nos lo ordena. No orar sería no darse cuenta de que estamos ante Dios. Sería desconocer lo que él es. Tal actitud nos haría incapaces de captar el hecho de que Dios nos sale al encuentro en Jesucristo. Porque cuando realizamos este misterio, es preciso que oremos: Jesucristo está ahí, él, Hijo de Dios y nosotros, que le pertenecemos, que no tenemos otra posibilidad que seguirle, hablar por su boca, estamos con él. El buen camino ha sido encontrado, y ahora se trata de marchar por él. En este camino, el evangelio y la ley, la promesa y los mandamientos de Dios son una sola e idéntica realidad. Dios nos abre este camino, nos manda orar. De esta forma no es posible decir: yo oraré o no oraré, como si se tratase de un capricho. Ser cristiano y orar, es una sola e idéntica realidad, que no puede ser dejada a nuestro gusto. Es una necesidad, una forma de respiración necesaria para vivir.

El Catecismo de Heidelberg precisa todavía más. La oración, afirma, es simplemente el primer acto de reconocimiento con respecto a Dios. La palabra reconocimiento es más clara que la de gratitud, porque significa actuar según lo que conocemos (reconocer). Todo hombre que conoce a Dios debe estarle reconocido. Reconoce lo que Dios es, lo que ha hecho por él en Jesucristo; entra en la posición que nos ha sido dada en Cristo; y en esta

posición, el hombre ora.

Lutero añade incluso que Dios se encolerizaría si no orásemos, porque esto sería despreciar el don que nos hace. Puesto que es él quien nos dice que oremos, ¿cómo podríamos olvidarnos de hacerlo? Los reformadores nos recuerdan así que no se ora cuando no conviene, que la oración es, en la vida del cristiano, un acto esencial, necesario y espontáneo.

Por lo demás, Dios, porque es nuestro Dios, hace proceder nuestra oración de su gracia. Donde existe la gracia de Dios, el hombre ora. Dios trabaja en nosotros, porque no sabemos orar como es necesario. El Espíritu de Dios es el que nos incita, el que nos hace aptos para orar como conviene. Nosotros no estamos preparados para juzgar si somos dignos o capaces de orar, si tenemos bastante celo para hacerlo. La gracia es quien da la respuesta a esta cuestión. Cuando somos consolados por la gracia de Dios, comenzamos a orar, con o sin palabras.

Dios nos indica también un camino para comprometernos en la oración. La oración no es un acto arbitrario, ni una marcha a ciegas. Al orar, no podemos aventurarnos según nuestra fantasía por tal o cual camino, por cualquier requerimiento. Porque es Dios quien manda al hombre seguirle, tomar el puesto que le ha sido dado. Es este un asunto determinado por Dios, no por nuestra iniciativa.

¿Cómo es preciso orar? No es casual el que Jesús haya dado un formulario en el Padrenuestro, para enseñar a los hombres a orar bien. Dios mismo nos enseña cómo es preciso orar, porque tenemos una gran cantidad de cosas que pedir. Y creemos que lo que deseamos es siempre lo más importante. Por lo demás, es necesario que lo creamos. Pero para que nuestro acto llegue a ser una oración

verdadera, es preciso aceptar el ofrecimiento que Dios nos hace. No podemos orar por nosotros mismos y si tenemos decepciones en la oración, es preciso aceptar que Dios nos muestra el camino de la verdadera oración. Nos pone, pues, con nuestras necesidades y nuestros problemas, sobre un determinado camino en el que podemos aportarle todo; pero es necesario comprometerse en ese camino. Esta disciplina nos es necesaria. Si falta, no debemos admirarnos de gritar en el vacío, en lugar de encontrarnos en la oración que está ya acogida.

Seamos felices por poseer esta fórmula del Padrenuestro, dicen los reformadores, a fin de que al orar así, podamos aprender la verdadera oración. Calvino declara con razón que para orar no podemos actuar como extranjeros, sino comportarnos como ciudadanos del pueblo de Dios, debemos aceptar su constitución, sus normas y reglas. Con esta condición es como se da una acogida favorable y se responde a los problemas de nuestra vida.

Porque es nuestro Dios en Jesucristo, Dios mismo nos impulsa a tomar ante él una actitud que parece a primera vista temeraria y osada; nos obliga a encontrarle con una cierta audacia: "Nos has hecho promesas, nos has mandado orar; y heme aquí, vengo, no con mis ideas piadosas, o porque me gusta orar (tal vez no me guste) y te digo lo que tú me has pedido que te diga: ayúdame en las necesidades de mi vida. Debes hacerlo; aquí me tienes". Lutero tiene razón: la postura del hombre que ora exige la mayor humildad al mismo tiempo que una actitud de audacia, de virilidad. Hay una humildad que es buena: consiste en aceptar en la libertad este lugar que tenemos en Jesús ante Dios. Si estamos seguros de nuestro asunto, y si no nos acercamos a Dios a causa de nuestras buenas intenciones, entonces esta libertad es espontánea.

De esta forma, la voluntad de Dios en favor nuestro, su misericordia en Jesús, es un elemento decisivo en la cuestión que nos ocupa. El Catecismo de Heidelberg, en la cuestión 117, afirma que nuestro sólido fundamento consiste en que Dios, gracias a nuestro Señor Jesucristo, puede acoger favorablemente nuestra oración a pesar de nuestra indignidad.

La oración, acción del hombre

Según lo que precede, la oración es el acto por el que aceptamos y hacemos uso del ofrecimiento divino; acto en el que obedecemos a ese mandamiento majestuoso de la gracia que se identifica con la voluntad de Dios. Obedecer a la gracia, ser aceptado, significa que la oración es también una acción del hombre que se sabe pecador y que apela a la gracia de Dios. Se encuentra frente al evangelio, frente a la ley, a la debilidad de su fe, incluso aunque no lo note. Experimentamos a la vez una cierta tristeza y una cierta alegría. Pero aún no hemos comprendido que somos pecadores, que no realizamos perfectamente la obediencia. No hemos aceptado aún que estamos bajo un velo. Es preciso descubrirlo. Cuando oramos, nuestra condición humana nos es desvelada, sabemos que estamos en este peligro y en esta esperanza. Dios es quien nos coloca en esta situación; pero al mismo tiempo, viene en nuestra ayuda. La oración, de esta forma, es la respuesta del hombre cuando comprende su peligro y sabe que le llega un socorro.

No es lícito ver en la oración una buena obra por hacer, una cosa piadosa, bonita y bella. La oración no puede ser para nosotros un medio de crear algo, de hacer un don a Dios y a nosotros mismos; estamos en la posición de un hombre que no puede más que recibir, que está obligado a hablar ahora a Dios, porque no tiene a nadie a quien dirigirse. Lutero dijo: es preciso que seamos totalmente pobres,

porque estamos ante un gran vacío y tenemos que aprenderlo y recibirlo todo de Dios.

La oración en cuanto acción del hombre no puede ser un parloteo, una serie de frases o murmullos. Los reformadores han insistido también en esto. Tenían en la Iglesia romana muchos ejemplos del tipo de oración que combatían. La cosa es sencilla e importante también para nosotros que no somos romanos: la oración debe ser un acto de afecto; no es sólo un asunto de labios, porque Dios pide la adhesión de nuestro corazón. Si el corazón no está allí, si esto no es más que una forma que se realiza más o menos correctamente, ¿qué puede ser? ¡Nada! Todas las oraciones hechas únicamente con los labios no sólo son superfluas, sino que desagradan a Dios; no sólo son inútiles, sino una ofensa contra Dios. A este respecto, es importante señalar también con Calvino que la oración en una lengua que no se comprende o que la comunidad que ora no comprende es una burla contra Dios, una hipocresía perversa, porque el corazón no puede estar allí. Es preciso que se piense, que se hable en una lengua comprensible, que tenga un sentido para nosotros.

Que nuestra oración no se haga según nuestro buen deseo, porque habría entonces, por nuestra parte, deseos desordenados. Que la oración sea hecha siguiendo la regla dada por aquel que conoce nuestras necesidades mejor que nosotros mismos. Nos ha ordenado en primer lugar someternos a él para presentarle nuestras peticiones. Para conformarnos a este orden, es necesario que en nuestras oraciones eliminemos cuestiones como ésta: ¿nos escucha Dios? Calvino es muy categórico en este punto: "Tal oración no es oración". No está permitido dudar, porque ni decir tiene que seremos escuchados. Desde antes de la oración, es preciso estar en la actitud de un hombre que es escuchado favorablemente.

No somos libres para orar o no, o para orar solamente cuando tenemos necesidad, porque la oración no es un acto natural en nosotros. Es una gracia, y sólo del Espíritu Santo podemos esperarla. Esta gracia está allí, con Dios y su palabra en Jesucristo. Si decimos sí a todo esto, si recibimos lo que Dios otorga, entonces todo está hecho, todo está reglamentado, no por el efecto de nuestro buen deseo, sino por la libertad que tenemos para obedecerle.

Sobre todo no vayamos a imaginarnos que el hombre está pasivo, que se encuentra en una especie de *indolencia*, en un sillón, y que puede decir: el Espíritu Santo orará por mí... No. El hombre es impulsado a orar. Es preciso que lo haga. Orar es al mismo tiempo un acto y una súplica al Señor para que nos coloque en esta disposición que le es agradable. Es ésta una de las caras del problema de la gracia y de la libertad: se actúa, pero al mismo tiempo se sabe muy bien que es Dios quien quiere realizar nuestra obra; se actúa por medio de esta libertad humana que no es destruida por la libertad de Dios; se deja actuar al Espíritu Santo y sin embargo, durante este tiempo, nuestro espíritu y nuestro corazón no duermen. Tal es la oración vista bajo el ángulo de una acción del hombre.

Nuestra participación en la obra de Dios, es el acto que consiste en adherirnos a esta obra. Gran cosa es predicar, creer, realizar nuestra pequeña obediencia a los mandamientos de Dios. Pero, en todas estas formas de obediencia y de fe, la oración es quien nos pone en relación con Dios, quien nos permite colaborar con él. Dios nos invita a vivir con él. Y nosotros respondemos: "Sí, Padre, quiero vivir contigo". Entonces nos dice: "Reza, llámame; te escucho, viviré y reinaré contigo".

La Reforma no se hizo sin estos hombres que se llaman Calvino, Lutero y algunos otros. Dios trabajaba haciéndoles participar en su obra. Pero la realiza con ellos no por el brillo de sus virtudes, de su

sabiduría o de su piedad, sino por la oración a un tiempo humilde y audaz. A una oración, comprendida de esta forma, es a la que hemos sido invitados a participar en la soledad con Dios y en comunidad. Oración que es a la vez acto de humildad y de victoria. Tal acto nos ha sido mandado porque se nos ha otorgado el poder de hacerlo.

2 EXPLICACIÓN DE LA ORACIÓN DOMINICAL SEGÚN LOS REFORMADORES

LA INVOCACIÓN

Somos invitados a rezar. Esto presupone todo lo que anteriormente hemos dicho sobre la oración en general. Pero esto es lo más importante: que somos exhortados a rezar. "Padre nuestro que estás en los cielos". Es Jesucristo quien nos invita a dirigirnos a Dios y a llamarle Padre nuestro; Jesucristo, que es el Hijo de Dios y que se ha hecho nuestro hermano, y que hace de nosotros sus hermanos. Nos toma con él para asociarnos a él, para ponernos a su lado a fin de vivir y actuar como hermanos suyos y como miembros de su cuerpo. El nos dice: seguidme.

El *Padrenuestro* no es una forma cualquiera de oración para cualquier individuo. Presupone el "nosotros": ¡Padre nuestro! Un Padre que lo es para nosotros de una manera muy particular.

Este "nosotros" nace de la orden de Jesucristo de seguirlo. Implica la comunión del hombre que ora con Jesucristo, su existencia en la confraternidad de los hijos de Dios. Jesús lo invita, le permite, le manda unirse a él, muy particularmente en su intercesión cerca de Dios, su Padre. Jesucristo nos invita, nos manda, nos permite hablar con él a Dios, rezar con él su oración, unirnos a él en la oración dominical; en fin, adorar a Dios, rezar a Dios, alabarlo con una sola voz, con una sola alma, con él, unidos a él.

Este "nosotros" significa también la comunión del hombre que reza con todos aquellos que están con él y que, como él, son invitados a rezar; con aquellos que han recibido la misma invitación, el mismo mandato, el mismo permiso de rezar al lado de Jesucristo. Se reza el Padrenuestro en la comunión de esta asamblea, de esta congregación que llamamos la Iglesia (si tomamos esta expresión en su sentido original de: *ecclesia* = congregación).

Pero al estar enteramente en la comunión de los santos, en la *ecclesia* de los que están reunidos por Jesucristo, estamos también en comunión con los que quizás todavía no oran, pero por los que Jesucristo ora, ya que él ora por toda la humanidad. La humanidad es el objeto de esta intercesión, y nosotros entramos en esta comunión con la humanidad entera. Cuando los cristianos oran, son por así decir los sustitutos de todos los que no oran; y, en este sentido, están en comunión con aquellos de la misma manera que Jesucristo se ha hecho solidario del hombre pecador, de la humanidad perdida.

Padre nuestro, tú que nos has engendrado, procreados por tu palabra, por tu Espíritu; tú que eres nuestro Padre porque eres nuestro creador, el Señor de la alianza que tú quisiste pactar con los hombres. Tú que has comenzado en y con nuestra creación y que eres el fin de nuestra existencia.

Padre nuestro, tú que te has hecho responsable de toda nuestra existencia, temporal y eterna; Dios Padre, tú cuya gloria es nuestra herencia, junto al cual tenemos libre acceso como hijos junto a su padre.

Padre nuestro, tú que por naturaleza, estás completamente dispuesto a escucharnos, a acogernos... y nosotros, nosotros lo olvidamos siempre... Podemos renegar de Dios, pero él no puede olvidarnos ni renegar de nosotros. Siendo Padre, es fiel por naturaleza. Aquel cuya superioridad y buena voluntad hacia nosotros son inalterables.

He ahí lo que Dios es para nosotros. Pero hay que decir que no tenemos ningún derecho a llamarlo así, a ser sus hijos, a dirigirnos a él de esta manera. El es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos en virtud de la relación natural que existe entre él y Jesucristo, en virtud

de esta paternidad y de esta filiación que era real en la persona de Jesucristo; y para nosotros, es real en él. Nosotros somos sus hijos, él es nuestro Padre en virtud de este nuevo nacimiento realizado en navidad, el viernes santo, en la pascua; realizada en nuestro bautismo. Un nuevo nacimiento, es decir una existencia nueva, realmente nueva, una vida distinta de la que puede nacer de nuestras posibilidades humanas, de nuestros méritos.

Dios nuestro Padre significa: Padre nuestro de misericordia. Nosotros ciertamente somos y seremos siempre hijos pródigos que no pueden reclamar otro derecho que el que se nos ha dado en la persona de Jesucristo.

Esto no significa una disminución de lo que se ha dicho sobre la paternidad divina. La claridad y la certeza, la misma grandeza y majestad de nuestro Padre aparecen en el hecho de encontrarnos delante de él sin poderes, sin méritos, sin fe propia, con las manos vacías. Y sin embargo, en Cristo somos los hijos de Dios. La realidad de esta filiación no estaría más segura si se le pudiera añadir algo que viniese de nosotros. Sólo realidad divina es la plenitud de toda realidad.

Jesucristo es el que da y garantiza la paternidad divina, nuestra filiación; esta es la razón por la que esta paternidad y esta filiación son incomparablemente superiores a cualquier otra, a todo lo que entre nosotros llamamos padre, hijo y niño. Estas relaciones humanas no son el original del cual el otro sería imagen o símbolo. El original, la verdadera paternidad, la verdadera filiación, están en estos vínculos que Dios ha creado entre él y nosotros. Todo lo que existe entre nosotros es solamente la imagen de esta filiación original. Cuando llamamos a Dios nuestro Padre, no caemos en el simbolismo

sino que estamos en la plena realidad de estas dos palabras: padre e hijo.

Que estás en los cielos. ¡Los cielos! Son una parte del mundo creado, la parte de arriba, la parte lejana e inalcanzable de la creación. Esto significa que Dios está por encima de los cielos, y que es también el Padre de Jesucristo, que ama al mundo en Jesucristo. Si decimos de Dios que es ilimitado, incomprehensible, libre, soberano, eterno, omnipotente, trascendente, el sentido peculiar de estas expresiones no se deduce a partir de una idea, de una abstracción, como si quisiéramos dar a entender lo contrario de lo que es limitado, comprensible y temporal. Todo esto cobra su sentido real de la bondad del Padre celestial, que se hizo nuestro padre en Jesucristo. Esto es lo que significan su trascendencia, su existencia por encima de los cielos. Ninguna filosofía, ni la de Aristóteles, ni la de Kant, ni la de Platón puede alcanzar la trascendencia de Dios, porque los filósofos solamente llegan hasta los límites de lo inalcanzable, de todo lo que es superior a nosotros. Toda la filosofía gira alrededor de los cielos; el evangelio por su parte nos habla de lo que está en los cielos y más allá de los cielos. Ningún espiritualista, idealista, existencialista nos puede conducir a la realidad de Dios, a su trascendencia que es algo distinto al espíritu, a la invisibilidad. Su trascendencia es demostrada, revelada, actualizada en Jesucristo, profundidad de su misericordia omnipotente.

El está en los cielos, en su trono, en esto consiste su existencia suprema. El está allí de cara a nuestros deseos, a nuestras necesidades grandes y pequeñas; de cara a nuestros ideales, a nuestros principios, a nuestra sabiduría y a nuestras naderías; de cara a nuestro humanismo y a nuestro "animalismo". He ahí el juez, el rey que dispone de nosotros, que a veces reina contra nosotros, en todo caso, siempre sobre nosotros. Siempre es el mismo y, sin embargo, nunca

el mismo, porque siempre es nuevo, cada mañana. Está siempre presente; sólo es eterno haciéndose presente a nosotros. Es la libre gracia y la graciosa libertad, la persona a la que todo está sometido, a la que todo está confiado; entre cuyas manos todo puede y debe servir, ha servido y servirá. He ahí en pocas palabras a quien nosotros nos dirigimos, no por propia iniciativa, sino porque somos invitados, llamados a hacerlo. Tenemos la libertad de dirigirnos a él. Esta libertad se nos ha dado; no es nuestra, no es natural. Esta es la libertad de los hijos de Dios, la libertad de la palabra y del Espíritu.

LAS PETICIONES DE LA ORACIÓN DOMINICAL

Intentemos primeramente considerarlas en conjunto. Notemos que la distribución de estas peticiones es, en cierto sentido, análoga a la de los diez mandamientos. Hay una diferencia muy nítida entre las tres primeras y las tres últimas.

Las tres primeras corresponden a los cuatro primeros mandamientos y las tres últimas a los seis restantes.

En las tres primeras peticiones se trata de la gloria de Dios; por esto comienza el Padrenuestro. De esta manera nos está permitido, y aun mandado, interesarnos por la causa de Dios, orar para que esta causa de Dios —su nombre, su reino, su voluntad— venza, para que alcance su perfeccionamiento. En Jesucristo, Dios se ha manifestado como un Dios que, siendo perfectamente libre, bastándose completamente a sí mismo, no quiere, sin embargo, estar solo. No quiere actuar, existir, vivir, afanarse, trabajar, combatir, vencer, reinar, triunfar sin el hombre.

¿Existen verdaderamente ateos, hombres sin Dios? En todo caso, aunque haya hombres sin Dios, no hay, en sentido cristiano, un Dios

sin hombres. Es muy importante comprender esto. Dios ha estado con nosotros; está con nosotros: ¡Enmanuel! El nos permite, nos manda orar en la forma en que estamos invitados a hacerlo en estas tres primeras peticiones, por el éxito de su causa. Nos invita a participar en su obra, en su gobierno de la Iglesia, del mundo. Si rezamos: santificado sea tu nombre... venga a nosotros tu reino... hágase tu voluntad... nos ponemos del lado de Dios, que ya es mucho. Dios nos invita a unirnos a sus designios y a su acción. Y notemos que esta invitación está al comienzo y que será recogida al final en la doxología.

De estas tres primeras peticiones dependen la libertad, la alegría, el gozo, la certeza de las otras peticiones. Todo lo que solicitamos presupone que pedimos participar en la causa de Dios. Cualquiera que se negara a esto no se interesaría por la causa de Dios, no sabría pedir ni el perdón de sus pecados, ni el pan de cada día; no comprendería de qué se trata. Sólo podemos vivir con Dios cuando estamos de acuerdo con sus designios, con su causa, que engloba la nuestra y todas las demás. De otra manera, es como si yo quisiera flotar en el aire. Es necesario el suelo para caminar. Se camina en la oración sobre el suelo de estas tres primeras peticiones. No hay que asombrarse de que tantas oraciones resuenen en el vacío y que no sean ni escuchadas ni aceptadas. Sin embargo, todo sería más simple si comprendiéramos que es necesario empezar por aquí; y que no se puede orar de otra manera.

Las *tres últimas peticiones* nos conciernen directamente, muy realmente. Se trata de nuestro confort, de nuestro bienestar, de nuestra salud tanto corporal como espiritual y celestial. Puesto que Dios ha unido, en Jesucristo, nuestra causa (los grandes y pequeños problemas de nuestra vida) a su causa, nos está permitido, e incluso mandado, hacer un llamamiento en nuestro favor. Y aquí entra en juego toda nuestra vida. No es solamente un permiso, sino una orden

de depositar junto a Dios y de confiarle todo nuestro bagaje (porque llegamos con un bagaje muy complicado, cuando viajamos por este mundo). Podemos confiarle a Dios este bagaje temporal, material, secular, eterno, cristiano, eclesiástico, teológico.

En Jesucristo se ha revelado el ser humano. En él se convierte en la criatura por excelencia (κατ' ἐξοχήν) que no puede ser, existir, actuar sola. No puede vivir sin Dios: ni comer, ni beber, ni amar, ni odiar; no puede justificarse, salvarse; estar triste o alegre, esperar o desesperar, tener éxitos o fracasos. Nosotros existimos gracias a Dios entre sus criaturas. Por consiguiente, en realidad no hay hombres sin Dios. Hay personas que tienen esta idea, que creen ser ateos: esto es una idea fija. Pero esto no cambia absolutamente nada; el hombre como tal no está sin Dios. Puede portarse como un niño travieso, que grita, que refunfuña, que se enfada con su madre. Pero la madre está ahí.

Esto no es una idea filosófica. No sé si se podría explicar esta afirmación: no hay hombre sin Dios, el hombre no puede existir de una manera convincente fuera de la fe en Jesucristo. Pero desde que se ha comprendido a Jesucristo, se ha comprendido al hombre, su naturaleza, su función inseparable de Dios. Y, porque no hay hombre sin Dios (el ateísmo es una invención ridícula), Dios nos manda orar, Dios participa en nuestros quehaceres y en nuestras necesidades, en nuestras preocupaciones y angustias, en nuestras esperas, en todo. Al pedir: danos nuestro pan, no hacemos sino constatar lo que es la realidad de nuestra vida; admitimos lo que es, que no somos nada sin él. Y este mandato, esta invitación a la oración, a unir nuestra causa a la suya, es una sencilla constatación de esta realidad: Dios nos invita, nos manda ponernos al lado de Jesucristo que se ha dignado aceptar a la humanidad. Era Dios y se ha hecho hombre. De esta manera se ha

interesado en todas estas grandes y, sobre todo, en estas pequeñas cosas que nos preocupan.

Las necesidades materiales del hombre y su salvación vienen después de la causa de Dios. Pero notad bien que no se trata de peticiones facultativas. Las tres primeras peticiones no existirían seguramente si no existieran las tres últimas, tan indispensables como las otras. El hombre que no continuara rezando las tres últimas peticiones no rezaría sinceramente, porque es necesario que también él ocupe su puesto, ya que se trata de su causa, de lo que él es, con su carácter, sus nervios y todo lo demás. No está allí solamente por la causa de Dios; es necesario también que él aporte la suya, haciéndola entrar en la de Dios. Sería, pues, peligroso omitir las tres últimas peticiones, porque entonces tendríamos, de una parte, una esfera eclesiástica, teológica, metafísica, y, de otra, una esfera en la que se trataría del dinero, del sexo, de las ocupaciones, del prójimo. Tendríamos dos compartimentos. Ahora bien, queramos o no, no hay más que un compartimento. Nada es tan pernicioso como la ilusión de dos compartimentos. Ya sabemos cómo se conciben a menudo estos dos compartimentos en los presbiterios: esta dialéctica entre la causa de Dios y nuestra causa. Sin embargo, están ligadas; oramos por las dos en conjunto. Esto es así porque es Jesucristo quien nos invita a orar con él, porque en él estas dos causas son una. Es, pues, importante comprender en el Padrenuestro la diferencia entre las dos partes, pero también su unidad.

Recordemos que Lutero, en su *Pequeño catecismo*, insistió de una manera interesante y luminosa sobre esta paradoja: Dios actúa en el sentido en que nosotros oramos; él santifica su nombre, viene su reino, se hace su voluntad, nos da nuestro pan, nos perdona, él hace todo esto antes de que nosotros lo pidamos. Nosotros nos dirigimos a aquel que nos ha escuchado antes de que le digamos nada. No lo

olvidemos —y Lutero tuvo razón al decirlo— que es Jesucristo quien ora y que nosotros nos unimos a su intercesión. A él es a quien Dios acoge y su oración es escuchada desde el comienzo del mundo, de eternidad en eternidad. Todo está ya en orden. En la primera parte de este trabajo, he insistido, siguiendo a Calvino y Lutero, sobre los fundamentos de la oración y sobre su acogida favorable. Comencemos por comprender esto: somos acogidos en nombre de Jesucristo. Y esto es lo esencial cuando nos dirigimos a Dios.

A propósito del Padrenuestro, Lutero dice: es necesario que tomemos parte en la acción de Dios. Dios está actuando por su gloria y por nuestra salvación. Y nosotros debemos beneficiarnos de su acción no como espectadores, ni como atribuyéndonos un papel de colaboradores indispensables, sino orando, interesándonos por él, por lo que él hace. Esta es la verdadera colaboración. Nos invita a dirigirnos a él comprendiendo que su causa y la nuestra están íntimamente unidas, que nuestra causa forma parte de la suya. Y nosotros los hombres venimos y estamos allí delante de él, dispuestos a vivir en la gran unidad de estas dos causas. Todo está envuelto en la libertad de Dios, en su soberanía. Esto no es una especie de *αναγκη*, de fatalidad, sino que Dios es nuestro Padre, y quiere que estemos con él.

LAS TRES PRIMERAS PETICIONES

Santificado sea tu nombre

Hablando de Dios, el nombre (*ονομα*) significa la representación gloriosa de Dios en el mundo creado. El nombre, sin identificarse simple e inmediatamente con Dios mismo, es su representación. El mundo no es más que criatura porque el mundo creado es el teatro de

la gloria de Dios (Calvino); puede llegar a ser (pero no en un sentido filosófico), y en ciertas condiciones que no dependen de él, portador del nombre de Dios. Es posible que haya en el mundo como inscripciones del nombre de Dios, que indiquen la presencia de Dios mismo. En tal caso, se podría decir que estas inscripciones no son invisibles, sino que están iluminadas por la revelación, como los anuncios en las ciudades.

Y nuestros ojos están abiertos para que las veamos. El mundo es el mundo de Dios. Por eso su nombre puede estar inscrito en él. El universo puede cantar su alabanza. Todo lo que es creación de Dios puede llevar el nombre de su creador.

Y ahora planteemos unas preguntas: ¿es visible este nombre?, ¿se ha revelado?, ¿están iluminadas estas inscripciones?, ¿están abiertos nuestros ojos y nuestros oídos?, ¿es santificado este nombre? Comprendemos que se trata de una realización que no cae dentro de las posibilidades de la criatura; ésta es incapaz de constituirse por sí misma en portadora del nombre de Dios. El mundo como tal no tiene el poder de revelar a Dios; y el hombre como tal no es capaz de recibir una revelación, ni por sus ojos, ni por sus oídos o su entendimiento. Es Dios quien habla bien de Dios (Pascal). Dios se hace ver, es visto, reconocido y apreciado y se nos concede vivir en este mundo delante de su presencia, conociéndolo y reconociéndolo, por una acción objetiva y subjetiva realizada por él. Esta acción de Dios se hace real para nosotros en la oración.

Esta oración *santificado sea tu nombre*, implica que el nombre de Dios es conocido del que ora. No se ora por algo que no se conoce. Esto presupone que el nombre de Dios es ya santificado (Lutero). De esta manera, en esta situación especial de los que rezan el Padrenuestro con Jesucristo, queremos obedecer a su mandato de

seguirle también en la oración. Y, al orar con Jesucristo, conocemos la santificación del nombre de Dios en el pasado y en el presente.

Esta oración es, pues, una acogida benévola antes de que nosotros la formulemos. No seríamos cristianos que oran con Jesucristo si nuestra oración significara que no sabemos nada de esta santificación. En efecto, oramos para que que ya ha sucedido por la acción de Dios continúe y alcance su fin. Es necesario, pues, pronunciar estas palabras santificado *sea tu nombre*, en este sentido: este nombre está ya santificado. Este presupuesto es la base de la oración. Padre nuestro, que estás en los cielos, tú nos has hablado en tu Hijo, tú te has hecho palabra, tú te has hecho sensible y accesible a nosotros en la carne, en este mundo. Los signos de tu nombre no están faltos de luz. Nosotros no estamos solos en este mundo. Has tomado un aspecto humano, nos lo muestras y nosotros podemos comprender lo que nos dices con él. No vivimos en un mundo sin Dios.

Tus profetas y tus apóstoles están en el mismo plano en que vivimos nosotros. Los escuchamos. Tu Iglesia, la congregación de los que tú has convocado y que continúas reuniendo, tu Iglesia que vive sobre la tierra y que ha sobrevivido a tantos siglos, en medio de tantos cambios en el terror y la flaqueza —a pesar de todo lo que hay que decir sobre sus faltas— nos hace escuchar tu voz a través de sí, a través de su obra.

Estamos bautizados, existimos en esta Iglesia en medio de tus hijos, siendo nosotros mismos tus hijos; existimos en medio de tus misioneros, aquellos que tú has encargado de anunciar tu palabra, y no se puede ser hijo de Dios sin ser misionero. Tenemos la libertad de creer, de querer, de obedecer. Esto significa que el mundo —este mundo en el que vivimos, y nuestra propia vida con sus límites, sus obstáculos, sus dificultades, sus complicaciones y la de nuestros

prójimos— no puede ser para nosotros como un misterio absoluto. Hay muchos misterios, pero no vivimos en un misterio absoluto; no estamos envueltos en la nada. La doctrina de Heidegger no es verdadera porque vuelve a sumergirse en el paganismo. Sabemos que en este mundo, en esta humanidad, en esta historia, hay una cosa cierta: los signos de tu presencia son luminosos; Jesucristo ha muerto y resucitado por nosotros, y no sólo por nosotros, sino también por el mundo entero. De esta manera la esperanza de los hombres se apoya en este hecho: Dios ha amado al mundo. Tal es la realidad manifestada en la muerte y la resurrección del Señor. Y vivimos en la memoria de este hecho y en la espera de la resurrección general. En este sentido decimos: el nombre de Dios ya está santificado. He ahí la posición cristiana. La clave del misterio está en nuestras manos.

Sigamos. Puesto que se nos ha dado esta clave, puesto que el nombre de Dios está ya santificado, tenemos más razones para rezar: santificado sea tu nombre. Esto quiere decir que se nos ha dado a nosotros y al mundo —a este mundo que no es ni mejor ni peor que nosotros en medio del cual nosotros, criaturas, tenemos la ventaja de conocerte, de ser llamados a tu servicio— que se nos ha dado la posibilidad de utilizar este ofrecimiento incomparable que nos haces; que no nos has hablado en vano en tu Hijo; que tu Iglesia sabe hacer valer su existencia para que sea liberada de toda reacción romanizante y de todo americanismo petulante, liberada del temor y de la pusilanimidad, del espíritu de orgullo, del "embuste". Que dejemos de hojear solamente la Biblia en lugar de leerla. Que moderemos un poco nuestra manía de citar la Biblia en lugar de vivir con ella y dejarla hablar. Que oremos para que la Biblia no cese de interesarnos. Que la Biblia no comience a hacernos bostezar y que, en todas sus partes, tu palabra no se vuelva en nuestros cerebros y en nuestras bocas un asunto enojoso, que no llegue a ser un mal sermón, un mal catecismo, una mala teología. Todo esto es muy sencillo, pero también muy necesario.

Lutero explicó extensamente que esta santificación debía manifestarse en la predicación. Un mal sermón es lo contrario a esta santificación. Que la palabra de Dios vuelva a ser para nosotros, cada día, la palabra de Dios. Que no sea una verdad, un principio, una cosa que se pone sobre la mesa, sino una persona viviente, el gran misterio y la gran sencillez. Y que los signos de esta palabra de Dios, de este nombre de Dios se hagan visibles para nosotros, en medio de nosotros, por la severidad y serenidad de nuestra vida, de nuestras costumbres, de nuestros hábitos. Rezamos para que nos sea dado hacer ver esta gran alegría y esta gran paz de la que hablamos tan frecuentemente. Rezamos para que la arrogancia, la ignorancia y la incredulidad cristiana con las que te deshonramos todos los días sean detenidas un poco y suprimidas en parte.

Que esta clave que has puesto en nuestras manos vaya girando poco a poco para que la puerta pueda abrirse un buen día. En esto consiste santificar tu nombre. Vemos que hay que orar por estos bienes y por este cumplimiento, para que se realice lo que debe hacerse aún, y que no puede ser hecho por nosotros. Para que todo esto se realice es necesario que intervenga Dios mismo; su causa está en juego. Nosotros, que somos los responsables, somos poco competentes para defender esta causa. Qué cosa tan grande es para nosotros ser responsables en esta tarea, y cuan absolutamente necesario es que Dios mismo intervenga para que no seamos como las vírgenes necias que no tenían aceite.

* * *

Hemos de ir un poco más lejos que los reformadores que, aquí como en otros lugares, no descubrieron el carácter escatológico de esta realidad que es el reino de Dios. Daremos, pues, una versión un poco corregida de su doctrina.

El reino de Dios en el Nuevo Testamento es la vida y el fin del mundo que corresponden a las intenciones del creador. Esta es la defensa eficaz y definitiva contra la amenaza que acompaña y debiera acompañar al pecado, contra el peligro fatal, el aniquilamiento que acecha al mundo porque no es más que una criatura. El reino de Dios es la última victoria sobre el pecado. Es la reconciliación del mundo con Dios (2 Cor 5, 19). Y esta es la consecuencia de esta reconciliación: hay un mundo nuevo, un nuevo eón, un nuevo cielo y una nueva tierra, que son nuevos porque han entrado en la paz de Dios y han sido envueltos por ella.

El reino de Dios es la justicia de Dios, la justicia del creador, del Señor que justifica y triunfa. El fin y el principio del mundo es la venida del reino: venga tu reino. Es evidente que nos encontramos de nuevo delante de una tarea que supera infinitamente nuestras posibilidades, puesto que todo lo que somos y podemos hacer, incluso en las mejores circunstancias, está amenazado por un mismo peligro. Incluso nosotros mismos necesitamos esta liberación, esta victoria, esta reconciliación, esta renovación. La venida del reino es totalmente independiente de nuestro poder. Somos tan incapaces de hacer algo por su venida como la misma creación, que es la réplica de lo que somos y podemos. Sin embargo, es objeto de oración para nosotros. Sólo Dios que lo ha creado puede acabar el mundo en este acto de plenitud, en esta justificación de sí mismo y de su cruz. Se trata de la paz y de la justicia del mundo llevada a su perfección; y

esto sólo puede ser el resultado de su obra. Es necesario, pues, orar: venga a nosotros tu reino, haz sonar esta campana para anunciar la hora del acontecimiento.

Pero, decir a Dios venga a nosotros tu reino presupone que el que ora de esta manera conoce este reino, esta vida, esta justicia, esta novedad, esta reconciliación; que todo esto no le es extraño. Es necesario que él lo conozca y que, donde se ora de esta forma, el reino haya venido ya.

Nos encontramos de nuevo en esta situación extraordinaria de los que rezan "Padrenuestro" en la confraternidad de Jesucristo y los suyos. Venga a nosotros tu reino, es decir tu reino ya ha venido, tú lo has instituido ya en medio de nosotros. "El reino de Dios está en medio de nosotros" (Le 17, 21). Todo lo has realizado en Cristo. Tú, Dios Padre, has reconciliado al mundo contigo mismo en Jesucristo.

San Pablo no habla de esta reconciliación como de un acontecimiento futuro. Dice: "El ha reconciliado". Es un hecho. En Jesucristo, has aniquilado definitivamente el pecado y todas sus consecuencias. En él, has abolido todos los poderes extraños y hostiles: "He visto a Satán caer del cielo como un rayo" (Le 10, 18). Has eliminado el peligro fatal bajo cuya amenaza vivimos. Tú, Dios, has sido en Jesucristo el hombre nuevo que no morirá más. Es un hecho. En él, tu reino se ha hecho presente en este mundo, en toda la profundidad, en la totalidad de su gloria, sin ningún atenuante ni reticencia. El mundo ha alcanzado en Jesucristo su fin y su meta. Por consiguiente el último día, el juicio, la resurrección de los muertos: todo se ha realizado ya en él. No es solamente un acontecimiento que debamos esperar, pues está detrás de nosotros.

Es necesario comprender que en él se trata también de un acontecimiento pasado. Cuando la Iglesia habla de Jesucristo, cuando anuncia su palabra, cree en el evangelio, se dirige a los paganos para darlo a conocer; cuando ora a Dios, vuelve la vista hacia su Señor que ya ha venido. Se acuerda de navidad, del viernes santo, de la resurrección, de Pentecostés. No son acontecimientos históricos corrientes a los que daríamos solamente un significado religioso (diciendo: esto está muy bien, pero no es nada en sí). ¡No! Es mucho, es todo lo que ha sucedido y lo que está detrás de nosotros. Anunciamos la palabra hecha carne, y anunciamos el reino de Dios que ha venido. La Iglesia no puede insistir y no insiste cuando no está gozosa, segura de su cometido. La Iglesia triste, sombría, no es Iglesia. Porque la Iglesia está edificada sobre aquel que se ha hecho carne, sobre aquel que ha venido a decir la última palabra (no la penúltima). Esta última palabra ya ha sido pronunciada. Vivimos fundados en este acontecimiento. No hay nada más que cambiar. No podemos volver al tiempo cuyo comienzo fue navidad y resurrección,

¿Qué significado tiene esto cuando lo comprendemos, cuando lo vivimos? Esto implica que tenemos más razón aún para orar: *¡venga a nosotros tu reino!* No hay contradicción. Lo sabe bien aquél para quien estas cosas son verdaderas. Por esto él ora.

Esto significa también que este gran movimiento de Dios en favor del hombre, comenzado en navidad, resurrección y pentecostés, debe ser reasumido, para que no consista solamente en un pasado, ni en algo que está detrás de nosotros, porque no vivimos únicamente de un mirar hacia atrás, sino de un mirar también hacia adelante.

Es necesario que esto suceda, que el futuro lleve la marca del pasado, que nuestro pasado llegue a ser nuestro futuro, y que el Señor, que ha venido, vuelva a venir.

Oramos para que sea levantada esta cobertura que cubre actualmente todas las cosas, como el tapete que cubre esta mesa (Karl Barth señala una mesa cubierta por un tapete). La mesa está ahí debajo (golpea la mesa). ¿Lo escucháis? Y sin embargo no la veis. Pero basta con levantar el tapete para que la veamos. Nosotros rezamos para que la cobertura que aún vela la realidad del reino sea levantada, para que la realidad de todas las cosas cambiadas ya en Jesucristo se deje ver. Toda la profundidad de Dios está ahí. Este es el hecho sin el cual nada se podría medir. Nuestra vida personal y la de nuestra familia, la vida de las Iglesias, los acontecimientos políticos son la cobertura. La realidad está detrás. No vemos aún cara a cara, vemos como en un espejo con reflejos confusos. Cuando se leen los periódicos, tanto religiosos como los demás, nadie puede estar seguro de su intención. Para que veamos la realidad, es necesario que venga su reino, que Jesucristo se haga visible de la misma manera que se hizo visible en la resurrección y se reveló a sus apóstoles. El será, ya lo es, el jefe de la nueva humanidad del mundo nuevo. Nosotros sabemos esto, pero todavía no lo vemos. Esperamos verlo; caminamos en la fe, pero no en la visión todavía.

Que la claridad de Dios, que estaba en Jesucristo, en su vida, en su muerte y en su resurrección, se extienda sobre nosotros, sobre nuestra vida entera y sobre todas las cosas. Que el secreto de la vida terrestre sea revelado. Este secreto ya ha sido revelado, pero todavía no lo vemos. De ahí esta inquietud en que vivimos, estas preocupaciones, estas exageraciones, esta desesperanza. No los comprendemos. Y oramos para que nos sea dado ver y comprender.

* * *

Sinteticemos ahora la exégesis de los reformadores. Cuando oramos pedimos que nos sea también dado ver, ya desde ahora, al

menos los primeros vestigios de este tiempo nuevo, de esta victoria que ya ha sido ganada. Que el resplandor de la mañana universal nos permita vernos, a nosotros mismos y a los demás, y a los acontecimientos de nuestra historia, a la luz de lo que nos antecede. Esta revelación general, este ἀποκαλυψις (1 Pe 1, 3-12) se nos concederá. Que nuestra fe en el que ha venido llegue a ser viva. Y solamente puede serlo estando fundada en el acontecimiento del pasado, mirando hacia lo que viene, hacia lo que revelará la universalidad de su obra. Que se nos conceda vivir esta esperanza.

Es imposible decir: ¡venga a nosotros tu reino! sin esperanza en el tiempo que es nuestro: en el hoy, en el mañana. El gran Futuro, con F mayúscula, es también un futuro con f minúscula. Esto es suficiente para hacernos comprender un poco al menos la insuficiencia total de todas nuestras obras en el presente. Para hacernos comprender la pequeñez de todos estos conflictos en que nos debatimos, sobre todo nuestros conflictos personales, psicológicos, que en el fondo no se justifican. Pero para comprenderlo, es necesario ver el reino que viene. Los psicólogos no pueden ayudarnos. Un día vendrá el sol, y será dado el conocimiento. Solamente esperamos que la resurrección sea un acontecimiento general para el mundo. Entonces no tendremos más necesidad de psicólogos, porque en él estará la salud. Es asombroso constatar cómo nosotros los suizos —quizá con un poco más de ingenuidad que los europeos modernos— nos interesamos por la psicología, mientras que en Alemania, por ejemplo, todos estos conflictos han desaparecido porque la vida se desenvuelve allí con todas sus exigencias. Cuando se vive la vida (la vida está presente) no hay problemas de psicología.

Oramos para que se nos conceda ver la inutilidad de toda tragedia propia de paganos, y no de cristianos. Que vivamos a la vez en

tranquilidad, con buen humor y en la caridad que no violenta a nadie, pero que seduce un poco al mundo.

Una variante del Padrenuestro en el texto de Lucas (Codex D), añade: que tu Espíritu Santo venga sobre nosotros y nos purifique. Variante interesante, aunque sólo sean auténticos los textos clásicos de Mateo y de Lucas. Sin embargo, encontramos en ella un comentario que se adapta bien al texto. Si rogamos por la venida del reino de Dios, rogamos también para que el Espíritu Santo venga a nosotros. Los reformadores explicaron la segunda petición como si hubiesen tenido en cuenta esta variante. Ciertamente, tenían razón; pero esto sólo puede hacerse en el caso de que estas palabras "tu reino" se entiendan como algo distinto de una Iglesia perfecta, como el fin de todo el presente, y el acontecimiento de un nuevo estado de cosas. Felizmente en el reino de Dios no habrá más necesidad de Iglesia, porque Jesucristo habrá terminado lo que comenzó.

Todavía es necesario orar a Dios porque su causa es lo que está en tela de juicio. Sus mandamientos nos recuerdan sin cesar la paciencia que él tiene con nosotros. Durante este tiempo inquietante de su paciencia que nos separa de la venida de su reino, ¡qué necesario es que Dios diga su palabra, que haga sonar esta campana!, ¡sí, es preciso terminar! Que Dios cumpla sus promesas y que nosotros las capturemos como promesas de Dios. Venga a nosotros tu reino, este reino que ha venido ya. Tal es nuestra oración, sencilla, muy cercana a él, habitual.

* * *

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Volvemos al presente, que, del mismo modo que el acontecimiento pasado, es el dominio de la voluntad de Dios; el dominio donde se ejecuta el plan que él se ha propuesto de legitimarse, de glorificarse a sí mismo, como creador y Señor; y al mismo tiempo, justificar y glorificar a su criatura. Esta criatura que, en comparación con él, es tan pequeña, débil y está tan amenazada, tan sujeta a equivocarse porque está contaminada por el pecado, perdida, reducida a la nada. Pero la voluntad de Dios es mantener su criatura, salvarla y perfeccionar su obra para la manifestación de su reino.

Hágase tu voluntad... Que esta ejecución del plan llegue a realizarse, que tenga lugar ahora, entre el comienzo y el fin. Que este tiempo que vivimos no se pase en vano. Es una realización que está fuera de nosotros. No somos nosotros los que hacemos esta voluntad de Dios. A él le pertenecen el plan y su ejecución, el tiempo, lo que es y lo que será: todo el contenido del tiempo. Por consiguiente, nos encontramos por tercera vez frente a un tema de oración: que Dios se digne ocuparse de nosotros y de este mundo, que no permita, que no deje de ser paciente, que continúe reinando hasta el fin. Pero, al orar así es necesario que sepamos que esto sucede, que Dios está dispuesto a hacer su voluntad, a cumplirla. Nosotros rezamos el Padrenuestro en comunión con Jesucristo y sabemos, por consiguiente, que su voluntad ya se ha realizado.

Como en los cielos... Espero no interpretar mal estas palabras. Tu voluntad, eterno Dios, ya está cumplida en tu intención. Está ya realizada, se realizará y se desarrollará en el tiempo. Pero antes, esta voluntad se ha cumplido en él, en el misterio de lo que ha acontecido y de lo que acontece junto a él. Se ha cumplido en la creación, en su gobierno del mundo desde el comienzo; en la historia de su alianza

que expresa fielmente el sentido de todos los acontecimientos. De esta alianza tal como era comprendida por los profetas y los apóstoles y cuyo testimonio se nos ha dado en Jesucristo. Tu voluntad tal como tú la conoces, tal como la ven tus ángeles, tal como está "a tu derecha", tal como la creemos (aunque no la vemos). Ella se cumplió y se cumple continuamente en los cielos.

Se cumple como debe ser cumplida, con pleno conocimiento de causa; se cumple sin encontrar obstáculos ni nada que la detenga, con plena libertad, de tal manera que sólo reina la gracia y que por parte de la criatura le corresponde un reconocimiento. Así se cumple en Jesucristo. Se realiza perfectamente en los cielos. Y nosotros lo sabemos al creer en Jesucristo. Nos lo enseña y confirma su Espíritu. Su voluntad se cumplió y cumplirá siempre.

Hay, pues, muchas razones para orar para que se cumpla la voluntad de Dios *en la tierra* y en el cielo. Que su ejecución se realice en nuestro mundo y en nuestra vida tal como la conocemos, tal como se nos aparece encubierta. Que la ejecución de su voluntad se lleve a cabo sobre la tierra como en los cielos: *In térra sicut in coelo*. Esto significa: que el claro-oscuro, esta mezcla de nuestra historia secular y eclesiástica, que este claro-oscuro, esta mezcla de santidad y de insolencia, de sabiduría y de vulgaridad que tanto caracteriza nuestra existencia, que toda esta confusión se esclarezca. Esto se realiza perfectamente en los cielos. ¿Por qué no en nosotros? Que este claro-oscuro no dure eternamente, que dejemos de comprenderlo mal, de contrarrestar tus propósitos. Que dejemos de contradecir, de falsificar continuamente el evangelio para hacer de él una especie de nueva ley. Que renunciemos a comportarnos como malos servidores. Que utilicemos tu paciencia para convertirnos, y no para jugar al cristianismo humanista y al humanismo cristiano, o para provocar continuamente tu cólera. Que en la ejecución de tu plan nos

liberes de esta interminable imperfección de nuestra obediencia. Ven a darnos la libertad y, un día, arráncanos de estas contradicciones en las que nos encontramos, nosotros que sabemos que tu voluntad se ha realizado y cómo se realiza en los cielos.

Una vez más, lo que está de por medio es la causa de Dios. Y nosotros participamos en su causa como él participa en la nuestra. Su causa no puede sernos extraña. Nosotros estamos en el presente, en el tiempo. Sin embargo, este tiempo es breve, muy breve; la vida pasa rápidamente. No hay ni un momento que perder... ¡y nosotros perdemos tantos! Qué esperar del mundo, si nosotros los cristianos somos tan abstractamente terrestres y estamos tan contentos de nuestra imperfección, tan tranquilos cuando no podíamos estarlo. Dios reina. Nosotros le pedimos

LAS TRES ÚLTIMAS PETICIONES

Unas palabras de introducción

En primer lugar, notemos el cambio de actitud en la segunda parte de la oración dominical que comienza con la petición: *danos*. En las tres primeras peticiones, nosotros que oramos, estamos en una especie de coloquio con el Padre celestial. Nuestra oración es como un suspiro. Estamos deslumbrados por la grandeza de lo que nos ocupa: el nombre, el reino, la voluntad de Dios mismo. Suspiramos y oramos a una cierta distancia, de manera casi indirecta: que tu nombre, que tu reino, que tu voluntad... Con las tres últimas peticiones pasamos a la oración propiamente dicha. Pero este cambio real es sobre todo en el sentido de las tres primeras peticiones.

Haremos aquí dos anotaciones:

1. El *nuestro* del Padrenuestro se hace ya explícito y perceptible. En estos tres versos encontramos ocho veces la expresión *nuestro* o *nosotros*. Recordemos que este *nosotros* del Padrenuestro es creado, por decir así, por la invitación, por el mandato de Jesucristo: seguidme. *Nosotros* son aquellos que quieren aprender a orar con Jesucristo.

A propósito de este *nosotros*, notemos cuatro puntos:

a) El *nosotros* es la confraternidad de los hombres que se encuentran con Jesucristo, el Dios hombre, que les permite y manda unirse a él, unirse a su propia intervención cerca de Dios, orar con él.

b) Este es el *nosotros* de la confraternidad que une a los hombres entre sí al mismo tiempo que están unidos a Jesucristo, unidos entre ellos por este permiso y mandato. Es una confraternidad que, sin embargo, no es cerrada; es abierta en el sentido de que está comprometida con este mundo al que representa, entendiendo por la palabra "mundo" a los que aún no han escuchado y seguido la invitación del Señor.

c) El *nosotros* de estas tres últimas peticiones es el de una comunidad unida, que piensa y actúa, solidariamente; que conoce la miseria de la condición humana por una profunda experiencia. Sin embargo, en medio de esta miseria de la que es consciente, tiene la libertad de dirigirse a Dios en comunión con Jesucristo resucitado de entre los muertos, y en un acuerdo común entre los que componen esta comunidad; de dirigirse a nuestro Padre que está en los cielos, al creador soberano, Señor y salvador, para obtener de él una redención completa y final, sabiendo que este soberano puede y quiere concedérsela.

d) Este es el *nosotros* de aquellos que, por estar unidos a Jesucristo crucificado y porque tienen la libertad de orar con él como miembros de la familia de Dios, por eso conocen ellos solos lo que es su miseria y la miseria del mundo, la profunda maldad y la incurable tristeza de la existencia humana, la caída y la perdición de la criatura buena de Dios. Ellos conocen la imposibilidad en que se encuentra el hombre de desprenderse de esta situación por sus determinaciones, por sus propios esfuerzos; la necesidad incondicional de entregarse, de fiarse de Dios mismo, de solo Dios; brevemente, ellos comprenden la imposibilidad que existe de vivir de otra forma que no sea en la gracia libre. Pensadlo bien, este nosotros son los que, implícitamente, de una manera inapreciable, han orado ya las tres primeras peticiones en las que se trata de la gloria, de la causa del mismo Dios. En las tres últimas peticiones, este mismo nosotros son los que se ponen delante de él con su propia causa.

2. Una segunda observación: en estas tres peticiones, la oración se hace ya explícita, directa, imperativa. Es distinto orar: *que tu nombre... tu reino... tu voluntad* que: *danos hoy... perdó-danos... no nos dejes... libranos.*

Notad la osadía, yo diría incluso la temeridad de esta apelación. He aquí que el hombre se atreve a molestar a Dios para que se ocupe de sus asuntos, y se permite un lenguaje tan imperativo. ¿Cómo puede ser esto? Respondemos: nosotros somos los únicos a los que les está permitido, incluso mandado, en las tres primeras peticiones, ocuparse de los asuntos de Dios, de la santificación de su nombre, del advenimiento de su reino, del cumplimiento de su voluntad. ¿Es esto lo que nos interesa? Sí, ciertamente.

Este es nuestro interés, nos está permitido ocuparnos de ello. Dios nos ha aceptado como colaboradores (esto es una expresión bíblica). El hace causa nuestra su causa. Y ahora, como consecuencia de estas tres primeras peticiones, nuestra invocación a Dios se hace, por así decirlo, natural en las tres peticiones siguientes: Decimos: Padre nuestro, aquí estamos tal como tú nos encuentras, tal como somos, y, al parecer, en la situación en que tú quieres encontrarnos. Aquí estamos preocupados por tu causa (suponemos que nuestra situación es seria), encendidos por el deseo ardiente de ver tu nombre santificado. No tenemos otra tarea; esta es nuestra inquietud. Para nosotros no se trata de ayudarnos a nosotros mismos. Toda preocupación de este género no podría ser más que infidelidad, deslealtad, desobediencia. Por tanto, a ti es a quien remitimos nuestra existencia, a ti, que nos has invitado y mandado orar, vivir para tu causa. Aquí estamos. A ti te toca ocuparte de nuestra causa humana.

De esto nace la apelación audaz de estas tres peticiones. Ellas expresan este movimiento. Al pedir que Dios conceda lo que necesitamos exterior e interiormente para existir, nos sometemos a su exigencia de servirle para su gloria.

En las tres primeras peticiones, Jesucristo nos pide que nos unamos a su combate para la causa de Dios y, al mismo tiempo, nos invita a unirnos a su victoria sobre el mundo, sobre todo lo que pudiera impedir la realización de los anhelos que se expresan en estas peticiones. Jesucristo ha vencido y nos invita ahora a participar de su victoria. Para tener la libertad de lanzar estos anhelos: *que tu nombre... que tu reino... tu voluntad...* nos servimos de la invitación que nos dirige Jesucristo de tomar parte en su victoria. Esta es la razón justa y buena de lo que yo he llamado la audacia, la temeridad, de esta invocación: *danos... perdónanos...*; la razón por la cual nos atrevemos a abordar a Dios de esa manera. Porque, reconozcámoslo,

esta invocación es sorprendente. Sólo puede suceder esto en la gran libertad que nace del compromiso de los hijos de Dios, de los hermanos y hermanas de Jesucristo.

Estos son los dos aspectos esenciales de lo que yo llamo el cambio de actitud entre las dos partes del Padrenuestro. En definitiva, este cambio no es otra cosa que la consecuencia de la libertad que domina la primera parte del Padrenuestro.

* * *

Pasemos ya a la explicación. No olvidemos, sin embargo, que todo desarrollo no puede ser más que un ensayo. Seguiremos el mismo orden que anteriormente: en primer lugar, la explicación de los términos; después, la manera cómo Dios escucha y ha escuchado ya esta oración. Por último, examinaremos la oración misma.

Debemos recordar que los reformadores, Lutero y Calvino, no cesaron de insistir sobre este punto: Dios nos ha escuchado ya y por eso tenemos la libertad y recibimos el mandato de orar. De otra manera, no se puede comprender ninguna petición del Padrenuestro.

El pan nuestro de cada día

En *el pan nuestro*, algunos reformadores han englobado (y nosotros podemos hacerlo con ellos) todo lo que es necesario para vivir.

Los que conozcan el *Pequeño catecismo* de Lutero recordarán la famosa lista que establece para explicar el sentido de la palabra *pan*: comer, beber, vestidos, calzados, casas, fincas, campos, campiñas, dinero, propiedad, matrimonio feliz, buenos hijos, buenas y fieles

autoridades, un gobernante justo, un tiempo ideal (ni mucho calor ni mucho frío), salud, honores, buenos amigos, fieles vecinos... ¡Esto no es poco! En esta lista se encuentran las necesidades y las condiciones de vida del campesino burgués alemán del siglo xvi. Y nada nos impide interpretar y completar esta lista según las necesidades de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias particulares. Es lícito interpretar el pan nuestro de cada día en este sentido amplio de la palabra. Sin embargo, debo señalar que es recomendable no perder de vista la palabra original pan en toda su simplicidad. En el lenguaje bíblico el pan tiene dos significados:

1. Lo que nos es estrictamente indispensable para vivir, el mínimo de manutención sin el que ni el mismo pobre puede pasar, el mínimo necesario para el mendigo, para el peregrino. Es opuesto a la noción de *hambre*. Pedir a Dios que nos dé el pan significa recurrir a su libre gracia que nos tiene y nos mantiene al borde del abismo del hambre y de la muerte. Este *mínimum* que nos permite vivir hoy, ¿también lo tendremos mañana? He aquí el problema vital. Ahora vivimos de él. Pero, ¿y mañana? Nadie lo sabe. No hay garantía, si Dios no nos da este pan necesario; y con nuestro pan, la vida. Los hijos de Dios conocen esta precariedad de nuestra existencia y de la situación humana en general. Sean pobres o ricos, saben que somos un pueblo en el desierto; somos el pueblo de Israel preocupado por la causa de Dios. Por eso nos atrevemos a pedirle que nos salve del hambre y de la muerte. Se lo pedimos de esta manera tan primitiva: el *pan*, porque no se puede decir que lo vayamos a tener mañana.

2. En el Antiguo y Nuevo Testamento, la palabra *pan es* también el signo temporal de la gracia eterna de Dios. Esta palabra tiene allí un sentido mucho más simple, natural y material, y, al mismo tiempo, mucho más profundo y sublime de lo que podamos pensar. Este natural y sublime de que hablamos están íntimamente ligados. Son un signo de Dios dado por Dios a este pueblo en el desierto: a los

pobres, a los afligidos, a los que tienen hambre y sed, a los que se encuentran en el umbral de la muerte. Según este significado, el pan es cosa sagrada. El pan es la promesa, y no solamente la promesa, sino también la presencia misteriosa de este alimento que nutre bien y para siempre. De esta alimentación que, después de haber sido consumida, no tiene necesidad de ser sustituida. En la Biblia, cada comida, tanto la más modesta como la más lujosa, es cosa sagrada, porque es la promesa de un banquete, de un festín eterno. En la Biblia la vida corporal, temporal, es sagrada porque es la promesa de la vida inmortal, eterna.

Esta palabra *pan*, como hemos visto, se yuxtapone a la palabra *hambre*. Pero se yuxtapone también a la plenitud de vida que conoceremos en el nuevo eón, en el siglo futuro. Este pan real que comemos es la garantía y también el signo y, al mismo tiempo que signo, la presencia de esta plenitud. Esto es lo que llamamos aquí el *pan nuestro*. Danos *nuestro pan*, significa pues: danos este mínimo necesario para el presente; y, al mismo tiempo, dánoslo como signo, como garantía anticipada de nuestra vida. Según tu promesa, al recibirlo en este tiempo, recibimos también la presencia de tu eterna bondad, la seguridad de que viviremos contigo.

A propósito del término *de cada día*, se ha suscitado una gran discusión. Estas palabras plantean toda clase de enigmas, de problemas que yo no quiero suscitar aquí. Solamente os propondré la respuesta más verosímil.

Επιουσιος (de cada día) significa: para cada día, para el día que viene. Danos hoy nuestro pan de cada día, el pan de que mañana tendremos necesidad. Nosotros vivimos en el presente, pero ¿viviremos en el minuto próximo?, ¿en el próximo día?, ¿acaso el hambre y la muerte harán una excepción con nosotros? Este es el problema concreto que nos enfrenta con la precariedad de nuestra

condición. Os acordáis que en Mateo 6, Jesús nos exhorta a no preocuparnos de nuestra vida, de lo que comeremos, de lo que beberemos. Calvino tuvo ciertamente razón al agregar en su comentario: es necesario trabajar para asegurar la alimentación del día siguiente.

Pero a esta pregunta: ¿viviremos mañana?, ni la inquietud ni el trabajo dan una respuesta. Que la oración reemplace a la inquietud y fundamente nuestro trabajo para mañana. Los hijos de Dios no se inquietan por el trabajo. Trabajan porque oran.

Pero, ¿no es aquí donde debe intervenir el otro sentido de la palabra pan? La inquietud del mañana temporal prefigura la inquietud del mañana eterno. Porque esta precariedad temporal no puede compararse a la precariedad del destino humano. ¿Qué diré yo, pobre hombre?, como está escrito en el *Réquiem*. Que este miedo se transforme y se convierta en una oración. Los hijos de Dios que conocen lo incierto de la vida humana y todo lo que es para nosotros objeto de temor en el tiempo y en la eternidad, los hijos de Dios esperan recibir hoy, ¡sí!, hoy, con el pan y bajo la forma del pan terrestre, la garantía, incluso las primicias del pan que los alimentará eternamente, que los alimentará en este mañana escatológico.

Veamos ahora el sentido de esta palabra. Orar a Dios para que nos dé nuestro pan celeste y terrestre, sustancial y suprasustancial, supone que lo conocemos en su cualidad de donante. Ya lo hemos dicho: para orar con conocimiento de causa, es necesario orar con la certeza de ser bien acogidos. Rezar a la aventura, sin tener esta certeza, no es rezar. Es necesario que la oración empiece con este presupuesto: tú nos das nuestro pan para mañana, sí, tú nos lo das hoy. Tú eres nuestro fiel creador y no cesas de serlo en un instante, ni un minuto. Nosotros somos un pueblo en el desierto, y sin embargo,

nos encontramos rodeados de los esplendores y riquezas de la creación, de todas las criaturas, y de la alianza de gracia que has querido establecer entre tú y nosotros. Tú no quieres nuestra muerte, tú quieres nuestra vida.

Por parte tuya nada puede faltar en lo que a ti respecta. Hay abundancia de pan para nosotros y para todos aquellos que pudieran unirse a nosotros en esta oración, abundancia de pan para todo el mundo. No hay ningún peligro de que nos sorprendan el hambre o la muerte. Tú estás pronto a mantener a todos los que has querido llamar a servir a tu gloria. Todo lo que tú nos das es realmente la garantía de un alimento viviente, de esta plenitud que viviremos eternamente. Nosotros lo sabemos porque tú eres nuestro Padre en los cielos, nuestro Padre en Jesucristo. Con él vivimos nosotros, con él que nos ha llamado a seguirle en su compañía desde lejos por el momento, pero sin embargo lo acompañamos. Y puesto que tú eres su Padre, también lo eres nuestro: a causa de esto, sabemos que tú nos has preparado la comida, el banquete completo, temporal y eterno. Y escuchamos tu voz que nos invita a ser los convidados de tu mesa. Tenemos necesidad de escuchar esta voz que nos llama y que no podemos olvidar: "Venid, porque todo está preparado". He aquí lo que nos impulsa a orar y nos da la libertad de decir a Dios: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

También debemos decir: hazlo de manera que no nos lo des en vano, que realmente recibamos este pan que has preparado sobre la mesa en la cena, que tomemos de tus manos este pan que has creado para nosotros y que nos das. Ayúdanos, pues, ilumínanos. Que no nos comportemos como burgueses saciados o como glotones en el momento en que nos das de nuevo este regalo incomprendible e incomparable, este obsequio de tu paciencia, de nuestra esperanza. Haz de manera que no lo despilfarremos, que no destruyamos este

regalo. Haz que cada uno reciba su pan sin disputas y sin querellas. Haz que si a alguno le sobra de este pan sepa que, por este mismo hecho, queda constituido como servidor, como dispensador de tu gracia; que está a tu servicio y al servicio de los demás, y que todos los que particularmente están amenazados por el hambre, por la muerte, y por esta precariedad de la condición humana, que todos ellos encuentren hermanos y hermanas que tengan ojos, oídos abiertos y que se sientan obligados a su deferencia. ¡Qué vergüenza de nuestra ingratitud, de nuestra injusticia social! ¡Qué estupidez que en esta humanidad rodeada de tus dones, repleta de riquezas, haya aún gente que revienta de hambre!

Haz de manera que recibamos el alimento que nos es necesario, que lo recibamos como tú nos lo das, es decir, como un signo y una promesa. Y que al alegrarnos con este signo te bendigamos (¡alma mía, bendice al eterno y no olvides ninguno de sus beneficios!), nos alegremos con anticipación de la presencia de las cosas que tú nos prometes, y que ya hoy participamos en este festín que tú presidirás de eternidad en eternidad.

Ya veis, hay mucho que pedir, sí, es nuestra causa la que está en juego. Hemos aquí completamente dependientes de Dios. Es necesario que él haga de nuestra causa la suya a fin de que ella persevere y venza. Y nosotros estamos ahí, con la libertad de invocarlo sin temor, con la certeza de que él nos escucha. Y que lo que le pedimos, siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Perdona nuestras deudas

Lo que traducimos en español por *nuestras deudas* significa literalmente: *nuestras faltas*, es decir aquello que nos falta, en nuestra relación con Dios, aquello que nosotros le debemos. Estamos en

deuda con él. Y si no podemos pagar, quedaremos en falta. Si vosotros no cumplís con un deber que os incumbe, estáis en falta. Se puede ser justo y, sin embargo, ser culpable. De ahí resulta que ofendemos a aquél de quien somos deudores.

Nosotros somos deudores de Dios. Le debemos, no alguna cosa, ni poco, ni mucho, sino simplemente nuestra persona en su totalidad; nosotros mismos, criaturas sostenidas y alimentadas por su bondad. Nosotros, sus hijos llamados por su palabra, admitidos al servicio de su glorificación, nosotros, hermanos del hombre Jesucristo, faltamos a lo que debemos a Dios. Lo que somos y hacemos no corresponde de ningún modo a lo que nos ha dado. Nosotros somos sus hijos y no sabemos reconocerlo. Calvino dice:

Quien rehúsa confesar que ofendemos a Dios como deudores que no pagan, está excluido de la cristiandad.

Y Lutero:

Delante de Dios cada uno está obligado a reconocer sus faltas.

De esta forma, en la cristiandad se reconoce este estado de cosas. Y nosotros nos encontramos en la incapacidad de remediarlo. En tanto que usamos de su invitación, e intentamos obedecerle haciendo estas cosas, nosotros, que oramos, nos vamos enredando en ello, con nuestras propias ideas, con nuestras propias tendencias, con nuestra moral, con nuestra religión, y nos encontramos en la obligación de reconocer continuamente que somos indignos de servirle y sin esperanza ante sus ojos al mirarnos.

Porque incluso viviendo como cristianos, aumentamos nuestra deuda, acentuamos el atolladero de nuestra situación. Este crece de

día en día. Y pienso que cuanto más se envejece, tanto más se da uno cuenta de que no hay esperanza de nuestra parte. Las cosas van de mal en peor. Nos encontramos rechazados desde el mismo comienzo del Padrenuestro y enfrentados a esta pregunta: ¿cómo podemos tener la audacia de aproximarnos a Dios? En nuestro celo por su causa y al mostrar después delante de él nuestras necesidades, ¿quiénes somos nosotros para tener la pretensión de ser colaboradores de Dios? y decir a Dios: ¡ocúpate de mí, de nosotros!, ¡danos!, ¡nosotros que le ofendemos! Todo parece estar puesto de nuevo en duda.

¿Qué significa *perdonar*? En el caso puro, ideal, significa: mirar a nuestro deudor como si no nos hubiera hecho ningún daño. No imputarle su falta, no ser inflexible ante la culpabilidad en que se encuentra, en que se ve él mismo. Al contrario, borrón y cuenta nueva. Darle una nueva oportunidad. ¡Perdónanos! Esta petición excluye, por nuestra parte, toda clase de pretensiones. Excluye, por nuestra parte, cualquier derecho, incluso el más mínimo, a reclamar algo delante de Dios. Ni la ofensa del hombre, ni el hombre mismo como ofensor pueden ser excusados. El hombre es imperdonable. No tiene ningún derecho a reclamar el perdón de su deuda. El derecho de reponer a los culpables en la condición de hijos de Dios no puede pertenecer más que a aquél a quien hemos ofendido; no puede ser más que el derecho del acreedor o del soberano, de este rey al que hemos desengañado, en cuyo servicio hemos faltado y faltamos siempre. Este derecho no puede ser otro que el del libre favor de Dios. Pedimos, pues, a Dios que use con nosotros de este derecho que está en su mano. Podemos fiarnos de él, pero sin la renuncia total a cualquier derecho por nuestra parte, no sabríamos orar como conviene.

Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden

¿Es esto una condición preliminar que nos ponemos a nosotros mismos para obtener el perdón de Dios? No. Es un criterio necesario para comprender el perdón de Dios. Cualquiera reconoce que ha sido salvado por el favor de Dios, que no puede existir sin el perdón divino; cualquiera que haya vivido tal experiencia no puede menos que perdonar a los demás, a los que lo han ofendido (nosotros somos ofensores, deudores los unos hacia los otros, y lo somos cada día). Y aun cuando las deudas de nuestros ofensores nos parecieren muy grandes, son siempre infinitamente más leves que las que nosotros tenemos con Dios. Nosotros que somos tan grandes deudores, ¿cómo podríamos esperar el perdón divino para nosotros, si no queremos hacer la pequeñez de perdonar a los que nos han ofendido! La esperanza que tenemos para nosotros abre necesariamente el corazón, el afecto, el juicio ante los demás. No es un mérito, un esfuerzo moral o una especie de virtud el saber perdonar. Resultan irritantes esas personas que sonríen continuamente y que corren tras nosotros para perdonarnos.

Es bello que el perdón humano sea una necesidad casi física. Nosotros vemos estas pobres criaturas que nos han ofendido a la luz del perdón divino, e incluso en los casos difíciles, pensamos: esto no es tan grave. No nos hemos instalado en las ofensas que nos han hecho, no nos complacemos en eso. Conservemos un poco de humor delante de los que nos ofenden. Tengamos para los demás este pequeño movimiento de perdón, de libertad. No es necesario ver en este caso una pieza de la armadura moral de un caballero cristiano. No es ni un casco, ni un sable que diera valor y fuerza, sino algo que debe ser natural. Quien no tuviera esta pequeña libertad no sería accesible al perdón divino. Se podría decir de él que no sabe orar, que no puede recibir nada. De esta manera no estamos en presencia de una exhortación: id, perdonad; sino delante de una simple constatación: cuando se haya recibido el perdón de Dios nos hacemos

capaces de perdonar. El perdón de Dios es algo que sucede en el plano divino. No se puede comparar con lo que sucede en el plano humano; pero, sin embargo, es necesario que esta pequeña cosa que es el perdón de las ofensas se realice en este plano. ¿Cómo podría esperar algo para mí, si no le concedo eso a mi prójimo?

Es muy importante comprender lo que es el perdón de Dios. No se trata de una esperanza incierta, de un ideal que hay que buscar o imaginar. Es un hecho. Antes de que yo lo pida, Dios ha concedido su perdón. Quien no supiera esto oraría en vano. El perdón está dado ya, es la realidad de la que vivimos.

Padre nuestro que estás en los cielos... Sí. Tú nos has perdonado nuestras ofensas. Antes de que yo te diga: perdóname, tú has establecido y anunciado tu derecho de favor, la justicia de tu misericordia, tu derecho a no mirar nuestras faltas y a no mirarnos como ofensores. Tú has cambiado, en tu Hijo, los papeles entre tú, Dios santo y justo, y nosotros, los hombres traidores e injustos. Te has puesto en nuestro lugar para restaurar el orden en nuestro favor. Tú has obedecido y sufrido por nosotros; has abolido nuestra falta, las faltas de toda la humanidad, y tú lo has hecho de una vez para siempre.

Has anulado estas faltas que nos acompañan desde nuestro nacimiento hasta la muerte, y además las que cometemos cada día, a cada momento, de una u otra forma. Estas faltas que conocemos muy bien y las otras, las que no sabemos ver, que serán reveladas un día, cuando sea presentado el libro de cuentas. Entonces nos veremos delante de ti tal cual somos. Has abolido todas estas faltas, has procreado un hombre nuevo, un nuevo "nosotros" y un nuevo "yo" sin falta ni ofensa, un hombre que te agrada, que es justo a tus ojos, puro y sin mancha, sin tacha. Tú has engendrado a este hombre y nos

has reunido alrededor de él, alrededor de la cruz de tu Hijo, para que seamos testigos de nuestro juicio, porque es necesario que entremos en este juicio, en esta muerte que él ha sufrido en vez de nosotros para librarnos.

Tú nos has dado tu Espíritu Santo para que la obra de esta creación que has realizado en este nuevo hombre Jesucristo sea algo vital en nosotros; para que tu gracia, aparecida en este acontecimiento, llegue a ser nuestra. Ya que has hecho todo esto en tu Hijo, y puesto que actúas por tu Espíritu Santo, no nos permitas dudar ni permanecer en la incertidumbre y en la desazón frente a nuestras ofensas. Desde ahora nuestras faltas son tu preocupación, no la nuestra. Defiéndenos de mirar hacia atrás, de sentirnos agobiados y como encadenados a nuestro pasado, a lo que somos y hacemos hoy e incluso a lo que seremos y haremos mañana.

Esta manera de dirigir siempre la mirada sobre nuestros pecados en vez de mirarte a ti ya está superada. Tú te has ocupado de este pasado. En Jesucristo tú has hecho de mí una nueva criatura, me permites y me mandas vivir mirando hacia adelante. Sin tomar a la ligera lo que somos y hacemos, o lo que hemos sido y hecho; sin poner nuestra seguridad en lo que seremos o haremos, sino al contrario, estando siempre atentos, sabiendo que somos y seremos juzgados. Pero también fiándonos de ti y de lo que tú has hecho, de este juicio que has pronunciado, de esta muerte que tú has sufrido por nosotros. Se trata de algo que está consumado (τετελεσθαι). Sin embargo, este perfecto es también para nosotros un futuro que tú nos has proporcionado. No tenemos más que marchar por el camino que se abre en dirección hacia nuestro futuro. Al perdonarnos, nos has dado la libertad de recorrer este camino.

Pero debemos comprender que no es posible hablar así a Dios con seriedad ni recibir su perdón sin pedir: *perdónanos nuestras ofensas*. Ahora se trata de tender a este futuro perfecto, lo cual es para nosotros creer, realizar este mandato inaugurado por la muerte de Jesucristo.

Que vivamos, pues, nuestra vida tal cual es, es decir unida a la suya; que ocupemos nuestro puesto allí donde él nos ha colocado, donde estamos en realidad; donde él ha sufrido y vivido para nosotros. Que nos revistamos de este hombre nuevo que Dios ha creado en Cristo. Que no vivamos de cualquier manera, sino en la realidad que Dios ha hecho para nosotros. Que no contrariemos al Espíritu Santo cuando nos asegura que somos tus hijos, que lo somos no porque lo merezcamos, sino a causa de su libre gracia; porque tus has vencido el pecado en la carne y has exaltado a tus pobres criaturas a lo alto del cielo.

Que tu perdón nos santifique cada vez más a pesar de todo lo que hemos sido, a pesar de todo lo que somos todavía y seremos. Sabemos que nuestra santidad no será nunca otra que la tuya, y que ella triunfará sobre nuestra miseria, sobre todas nuestras impurezas. Sí, que tu perdón nos santifique hasta el día en que, al volver tu Hijo, nos reveles por última vez, expuesto bajo tu luz, todo en lo que hemos faltado, nuestras torpezas, nuestras faltas, todo lo que hemos ocultado. Pero, algo aún más grande, nos revelará tu derecho de perdonarnos, la justicia de tu misericordia que ha prevalecido sobre nuestra miseria. *Perdónanos*: concédenos hoy y para todos los días que tu paciencia todavía nos conceda, vivir en la libertad de este perdón que nos has otorgado.

Sí, hay mucho que pedir. Y si reflexionamos sobre el perdón que debemos conceder a los otros, sentimos mucho más la necesidad de

orar. Porque si rehusamos hacer este pequeño gesto, estamos lejos de haber alcanzado el perdón divino.

De esta manera, en esta quinta petición, confesamos nuestra debilidad, y, si alguien no quiere hacerlo, debe renunciar a pedir perdón a Dios. Nos es preciso reconocer que nuestra propia causa está perdida. Si lo reconocemos, se vuelve para nosotros una causa victoriosa, porque entonces está en la mano que ha perdonado y aún perdona.

No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del maligno

Aquí tratamos el problema de la gran tentación. No se trata solamente del mal, sino del maligno.

Existen tentaciones menores, pecados que no conducen a la muerte. Casi diría: tentaciones provisionales, que Dios nos envía todos los días y que son diferentes según nuestra edad: las hay para jóvenes, para los menos jóvenes y para los viejos. Dios nos las envía porque nos son necesarias. Son las tentaciones que podemos resistir. En la carta de Santiago está escrito incluso que pueden ser objeto de alegría:

Feliz el hombre que soporta pacientemente la tentación (1, 12).

Existen males que son causa de sufrimientos por dentro y por fuera, que son quizá graves y muy indeseables; sin embargo, mirándolos de cerca, son soportables. Se puede incluso decir con Pablo "que concurren al bien de los que aman a Dios". No es necesario pedir estar libres a todo precio de estas tentaciones, de estos males. Sería equivocado decir a Dios: no me hagas pasar por donde debieron pasar Job, David y todos los santos, porque tú lo

quisiste en tu designio, que siempre es bueno. Nos equivocamos cuando exclamamos: líbranos de todo lo que pudiera ser un peligro para nosotros, o una causa de disgusto. En la sexta petición del Padrenuestro no se trata de males de este género, de estas tentaciones menores que tienen un carácter relativo y soportable.

Pero existe la gran tentación, la tentación escatológica que sin duda puede manifestarse en una tentación menor, pero que, en sí, es otra cosa: es la obra del maligno. Las pruebas morales y físicas pueden de hecho identificarse con ella; pueden ser la expresión de su acción funesta. Pero es necesario distinguir: no se trata aquí de una amenaza ordinaria de la cual se tuviese conciencia claramente y a la que se pudiese resistir.

Se trata de la amenaza infinita de la nada que se opone a Dios mismo. De una amenaza que no entraña para la criatura un peligro solamente pasajero, una destrucción de importancia secundaria, una corrupción momentánea, sino la caída total, la extinción definitiva. Esta es la suprema tentación. En ella no hay nada bueno, nada que nos pueda ser útil. No tiene fruto y si nos alcanza, no se puede decir de ella: alegraos. No tiene esperanza. Existe un mal intolerable, insoportable, que no está en competición con el bien. Esta amenaza existe; manifiesta su presencia. Este mal supremo e infinito no pertenece a la creación. Hay males que pertenecen a la creación; lo hemos dicho, son relativos y soportables. Pero éste no forma parte de las cosas que Dios ha querido y creado. Está en el límite de su creación, a la izquierda, de la misma manera que Dios está en el límite, a la derecha.

Este mal absoluto se impone a la creación bajo la forma que todos nosotros conocemos: el pecado y la muerte. Aparece en la dominación ilegítima, incomprensible e inexplicable de aquél a quien

la Escritura llama el diablo. La criatura está sin defensa frente a esta amenaza. Dios le es superior, pero no la criatura. Una vez en su lugar, el diablo hace estragos sin fin contra los que no podemos nada fuera de la protección que Dios nos da. Cuando Dios está ausente, cuando él no es el Señor, el otro es quien domina. No hay otra alternativa.

Nuestros reformadores, tanto Lutero como Calvino, conocían no sólo las tentaciones pequeñas, sino también las grandes. Sabían que tenían tarea con el maligno. No tuvieron ningún respeto con él, porque no es respetable. Pero sabían que existe. Ellos no contaron solamente con la malicia de los hombres: del papa y de todos los que se oponían a su acción. No, sabían que no hay sólo una oposición humana. Existe el maligno, que hace malas todas estas cosas que nos preocupan y nos causan inquietud. El enemigo de Dios es también enemigo de su criatura. Para rezar bien esta última petición, es necesario saber que los reformadores la han entendido con precisión.

Lejos de mí la idea de predicaros sobre el diablo. No se puede predicar sobre él y no tengo ninguna intención de angustiaros. Pero hay una realidad sobre la que nosotros, cristianos modernos, pasamos muy a la ligera. Existe un enemigo superior, inevitable, al cual no se puede resistir si Dios no viene en nuestra ayuda. No me gusta la demonología, ni la manera como se le está dando importancia hoy día en Alemania y quizás en otro sitio. No me hagáis preguntas sobre el demonio. ¡Yo no sé nada de esto! Es necesario, sin embargo, saber que el diablo existe, pero a continuación hay que apresurarse a alejarse de él.

Te rogamos, Padre nuestro, que nos conduzcas de tal manera que nos sea dado evitar este límite a la izquierda, este límite pernicioso. Condúcenos a nosotros tus hijos, los salvados por Jesucristo.

Líbranos, no de la lucha (es necesario aceptarla), no de los sufrimientos (que es necesario sufrir), sino líbranos del encuentro con este enemigo que es más fuerte que todas nuestras fuerzas, más astuto que nuestra inteligencia (incluso la inteligencia que ponemos en nuestra teología), más peligrosamente sentimental —porque el diablo también es sentimental— de lo que nosotros mismos somos capaces. El es más piadoso (sí, también el diablo es piadoso) que toda nuestra piedad cristiana antigua, moderna o teológica. Ponnos al abrigo de una posibilidad de mal de la cual no sabríamos preservarnos y que nos embrutecería profunda y definitivamente.

No es para nosotros una tentación entre otras muchas, algo más triste y tenebroso, sino la tentación suprema en la que lo imposible se hace posible.

Líbranos del maligno. Constatamos y experimentamos su poder. A decir verdad, no es sino un pseudopoder. No es un poder real. Lo terrible es que, aunque irreal, actúa. No sirve para nada minimizarlo, basándose en que es irreal. El peligro está en que es un poder solapado, insidioso. Pero, por otra parte, reina en un sentido demasiado real. Tiene poder sobre nosotros porque somos pecadores. Hemos cedido a este poder. Nos encontramos en el umbral de la muerte. Nos compungimos, sufrimos por ello, pero no podemos líbranos de ello.

La palabra griega no significa solamente: líbranos, sino arrebátanos de este umbral. En el Antiguo Testamento, los salmos resuenan desde el comienzo hasta el fin con este grito: arrebátanos. Y la cristiandad recoge este grito en la sexta petición. Porque ella conoce a este enemigo, porque conoce a Jesucristo. Ella sabe que él se ha enfrentado no sólo con la mala voluntad del hombre, sino también con el enemigo de Dios y de su criatura. Era necesario el

Hijo de Dios para desenmascarar la perversidad del enemigo. Por eso el Padrenuestro se termina con este *de profundis*. Si nuestra oración no termina con este *de profundis*, no responde a lo que Jesucristo nos ha enseñado.

Pero esta última petición presupone lo que nosotros conocemos muy bien sobre este peligro de izquierda: Dios ha hecho ya lo que nosotros le pedimos. Dios lo ha hecho antes de que nosotros hayamos soñado con orar así, antes de que nosotros hayamos formulado esta petición: *no nos dejes caer en tentación*. A decir verdad, Dios no nos lanza a esta tentación. No, tú, Padre nuestro, no lo haces. ¿Cómo podrías hacerlo, tú que te has revelado en tu Hijo? Porque tú no tienes dos caras. Tu actitud respecto a la consideración que tienes con nosotros en la gran tentación no es sospechosa; es categórica. La resistencia que tú le opones es clara y nítida. Así sucede desde el primer día de la creación, desde que tú dijiste: ¡que se haga la luz! Tú, Padre nuestro, no tienes trato con el mal, no sabes de compromisos con él. No lo toleras. La amenaza de la nada no será una amenaza que venga de ti, la tolerarás o la admitirás. Por el contrario, al conducirnos por tus caminos, por los caminos de tus dones, de tu perdón, nunca nos llevarás hacia la izquierda, sino siempre hacia la derecha. Podemos estar seguros de que siguiendo tu palabra, no seremos conducidos a la gran tentación. Al seguir el camino que has preparado para nosotros y que has revelado en tu Hijo, estaremos siempre a salvo de este extravío. Tú nos librarás del maligno.

¿No eres acaso tú el Dios libertador? Sólo uno es capaz de librar de una manera decisiva y éste eres tú. Sabemos ahora que tú eres el gran libertador. Tú te has opuesto personalmente al maligno, a este usurpador cuyo reino debe ser abolido porque no tiene nada que hacer en tu creación. Tú te has adelantado a romper los poderes de

este reino del diablo. Tú has hecho caer del cielo al diablo como un relámpago: lo hemos visto caer. Has triunfado de las tinieblas en la resurrección de tu Hijo. Has anunciado tu victoria con abundancia de signos y milagros; y todavía lo anuncias entre nosotros por el bautismo en nombre de tu Hijo y por la presencia de su cuerpo y su sangre en la cena.

A ti, que nos has sacado ya de este umbral, ¡a ti la gloria! No tenemos que dejarnos impresionar más por la amenaza del maligno, ni temerlo. Y por eso nosotros rezamos: *no nos dejes caer en la tentación mas líbranos del maligno*. Permanece presente con nosotros, tú guía fiel e infalible, tú que nos muestras el camino y las obras delante de nuestros padres. Tú eres el capitán victorioso frente al cual el maligno no es más que un imbécil, un espantajo ridículo, nadie.

Sabemos que sin ti no sería así. Nuestros caminos no serían buenos. Y nuestras expediciones morales y religiosas no podrían nunca tener éxito. Sin ti los intentos para vencer la tentación, el mal y el diablo, no harían más que agravar la situación. Sólo tú puedes protegernos. Sacarnos de esta situación. Una vez más: a ti la gloria, a ti en quien ponemos nuestra confianza. He ahí la última libertad que Dios nos concede.

Hay mucho que pedir. Sin esta última petición del Padrenuestro y sin la acogida favorable que precede a nuestra oración, no sólo estaríamos desamparados, juzgados, sino también reducidos a la nada. ¡A ti la gloria! Tú has aniquilado a aquél que quería aniquilarnos. Tú nos has amado y nos amas. Y tu amor es eficaz. Nos libra definitivamente.

La doxología

Hablaremos brevemente de ella. Estas palabras: *porque a ti pertenece el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos*, no aparecen en el texto original del evangelio. No son auténticas; no hay ninguna duda sobre este punto. Es una añadidura, una ampliación, introducida en el uso litúrgico del Padrenuestro. Toda la congregación pronunciaba (o cantaba) estas palabras en respuesta a las seis peticiones dichas por el oficiante. Pero esto no nos impide que veamos el sentido de estas palabras. ¿Qué pensaba la Iglesia primitiva del siglo n cuando cantaba o pronunciaba esta doxología al terminar el Padrenuestro? Se puede ver en ella una relación con la sexta petición: líbranos *del maligno*. Efectivamente, el reino, el poder y la gloria pertenecen a Dios, no al diablo, al pecado, la muerte o al infierno. El *porque* significa: por esto te pedimos que nos libres del maligno, ya que a ti pertenece el reino, el poder y la gloria. O en otros términos: muestra que tú eres el rey poderoso y glorioso librándonos del maligno.

Existe otra explicación que no excluye forzosamente la primera. Estas palabras finales abarcarían toda la oración en su conjunto. La idea sería ésta: es necesario orar, porque a ti te pertenecen el reino, el poder y la gloria, y no a nosotros los hombres, los cristianos, los hombres piadosos. Todas estas cosas que te pedimos sólo pueden ser hechas por ti. Por eso nos dirigimos a ti. El catecismo de Heidelberg lo explica así: tú eres nuestro rey, el omnipotente, que puedes si quieres darnos todos los bienes, a fin de que tu nombre sea glorificado, tu nombre y no el nuestro, ni el de la cristiandad, ni el de la Iglesia.

Basta con recordar lo que dice Lutero y el catecismo de Heidelberg. Lutero afirma que es bueno decir *¡amén!* Es decir, aprender a no dudar, sino a creer cuando oramos, porque *amén* significa: así sea. La oración no es un asunto sujeto al azar, un viaje ilusorio. Debe terminar como comenzó, con convicción: sí, ¡que así sea!

El catecismo de Heidelberg declara por su parte: *amén* significa que la certeza de una acogida favorable es más grande que la certeza que sentimos en nosotros mismos de nuestras necesidades y deseos. Lo más cierto en nuestra oración no es lo que nosotros pedimos, sino lo que viene de Dios: la acogida favorable.